

SEMINARIO DE HISTORIA

Dpto. de H^a del Pensamiento y de los Movs. Sociales y Políticos,
Universidad Complutense de Madrid
Fundación José Ortega y Gasset

Curso 2009-2010
Documento de trabajo 2010/6

DE LOS INTELLECTUALES Y SU PASADO: USOS PÚBLICOS DE LA CULTURA ANTIFRANQUISTA

JAVIER MUÑOZ SORO
Universidad Complutense de Madrid

SESIÓN: JUEVES, 17 DE JUNIO DE 2010, 19 H.

Lugar: Aula 10
Instituto Universitario José Ortega y Gasset
c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto
seminariodehistoria@gmail.com

De los intelectuales y su pasado: usos públicos de la cultura antifranquista

Javier Muñoz Soro (UCM)

jmsoro@cps.ucm.es

“Nada es como es, sino como se recuerda” (Ramón M. del Valle-Inclán)

Introducción: la memoria generacional

“Ahora veo derribar la cárcel de Carabanchel, en la que hace 40 años pasé una breve y no diré que feliz temporada. La despido sin tanta nostalgia como muestran por ella los que no la conocieron por dentro. Y así me gustaría ver irse también al olvido a los hunos y los otros, como diría don Miguel, a quienes no olvidan porque su memoria viene de la ideología y no de la experiencia. Son el peor cáncer de la España actual, la de la crisis, el paro y la hostilidad centrífuga”.¹

Una experiencia que necesita olvidar, una memoria ideológica. Uno de los intelectuales antifranquistas por excelencia, joven rebelde y filósofo maldito, que se lamenta del final de la “cordura” en la actual democracia española, esa cordura que habría hecho posible la transición a la democracia y el periodo de mayor estabilidad institucional, alternancia política y crecimiento económico de la historia española. Una cárcel derribada sin nostalgia de algunos de sus antiguos inquilinos, como el propio Fernando Savater, o ante la indignación de quienes pedían que se convirtiera en un centro de la memoria semejante a la cárcel de la *Stasi* alemana, por poner un ejemplo, porque en la Europa de hoy los restos de las dictaduras se conservan como lugares de la memoria democrática, o se derriban sólo cuando pueden convertirse en lo contrario, como la cárcel de Spandau. Un intelectual antifranquista que acusa a esos que llama ideólogos de la memoria de ser, nada menos, que “el peor cáncer de la España actual”. Desde un cierto distanciamiento, imagino que el actual debate sobre la memoria en España debe ser como mínimo sorprendente.

Pero este texto no va a hablar (sólo) de cárceles, ni siquiera de las víctimas del franquismo y de su memoria en la España democrática, ni de reparaciones morales, simbólicas o materiales, disposiciones legales o debates parlamentarios para condenar la dictadura. De hecho, este texto tiene unos márgenes externos que voy a intentar no franquear: por un lado las víctimas del franquismo, sean cuales sean sus orígenes sociales, profesiones, militancias políticas, motivaciones personales o de cualquier otro tipo; por el otro, el exilio. El espacio entre medio es pequeño, quizás demasiado cuando se trata de analizar la memoria cultural e intelectual del antifranquismo.

¹ Fernando Savater, “¿El final de la cordura?”, *El País* (3 de noviembre de 2008).

Lo que propongo es una reflexión sobre el uso público del antifranquismo en la España democrática, o sobre su ausencia, a través de un análisis de la memoria de la cultura antifranquista del interior. Una propuesta justificada por el papel de los intelectuales en la elaboración y difusión de valores sociales, en relación pero más allá de su condición de víctimas de la represión. Con una hipótesis de partida: que la memoria del antifranquismo ha sido en buena medida reemplazada por la del exilio, del cual se resaltan, a su vez, los aspectos culturales por encima de los políticos e ideológicos. Una metonimia comprensible entre exilio y cultura antifranquista, si tenemos en cuenta que el exilio fue ante todo una resistencia cultural, que sus contactos con el interior fueron tempranos y una importante referencia para la recuperación de la cultura democrática, y que seguramente su reivindicación ha sido insuficiente hasta fechas recientes.² Sin embargo, esa metonimia también ha eclipsado el debate franquismo-antifranquismo en la España actual y ha servido para esquivar los peligros que conlleva su reactivación.

No querría alargarme demasiado en precisar las categorías que voy a utilizar, pero tampoco darlas por sobreentendidas como si tuvieran un sentido unívoco ya dado. Así, uso el término “intelectual” en su acepción más amplia, la del creador de opinión en el espacio público, que incluiría a los intelectuales académicos, periodistas y literatos. Más allá de su diversidad ideológica, generacional o de escuelas, creo que resulta útil la distinción realizada por Juan Pecourt sobre los intelectuales de la Transición, basada en la teoría de los “campos” de Bourdieu.³ Distingue entre una “vanguardia individualizada”, de tradición orteguiana y cuyo paradigma acabará siendo Aranguren; una “vanguardia colectiva” representada por las revistas, distinguiendo entre las “institucionalizadas” u orgánicas, es decir, vinculadas estrechamente a un proyecto político (*Materiales, Leviatán, Zona Abierta...*), y las “no institucionalizadas” o abiertas (*Cuadernos para el Diálogo, Triunfo o El País*); y, por último, una “vanguardia de masas”, menos restringida a unos círculos intelectuales de referencia, dentro de la nueva sociedad de masas (que yo pondría en relación con el “Estado cultural” descrito por Marc Fumaroli, construido España por los gobiernos socialistas en la década de los ochenta sobre las empobrecidas estructuras del dirigismo cultural franquista).

Mi estudio se va a centrar en la tercera categoría, la del “vanguardia colectiva no institucionalizada” representada por *El País* y en particular sobre sus secciones Opinión y Tribuna Libre. Considero que es el espacio público que mejor representa, por un lado, la diversidad de discursos intelectuales de los primeros años de la transición a la democracia; y, por otro, la construcción progresiva de un discurso de referencia, lo que Gérard Imbert

² Geneviève Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la guerra civil a la muerte de Franco*, Crítica, Barcelona, 2000; Jordi Gracia, *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Anagrama, Barcelona, 2010.

³ Juan Pecourt, “El campo de los intelectuales en la transición” (en prensa); P. Bourdieu, *The field of cultural production*, Polity Press, Cambridge, 1993.

llamó “referencia dominante” o, según la conocida definición de Aranguren, una “empresa e intelectual colectivo”.⁴ El grupo dirigente de *El País* parecía haber comprendido antes que otros la idea de que el saber se produce para ser vendido y es un elemento fundamental en la competición por el poder.⁵ La muestra es, por tanto, considerablemente amplia, pero no quiere decir exhaustiva: la representatividad de las citas utilizadas ni viene *per se* ni es estadística, más bien es una vía intermedia basada en la selección por criterios de frecuencia de temas y conceptos, mientras que las citas ilustran en lo posible una dimensión fundamental como es el lenguaje utilizado. Si la aportación de los intelectuales a la difusión de nuevos valores sociales y la recuperación de un lenguaje democrático se hizo con escasa presencia de debate, al máximo con una genérica adhesión a los valores democráticos, como apunta Josep Ramoneda,⁶ es algo que debería ayudar a dilucidar este texto.

Los “usos públicos” de la cultura antifranquista y su memoria en la España democrática abarcan un amplio abanico de actividades relacionadas con el pasado dentro del espacio público e institucional, sin que deban confundirse con los “usos políticos”, que constituyen una manipulación de la historia con una concreta finalidad política.⁷ Cuando alguien, sea o no historiador profesional, habla del pasado fuera del marco de la investigación y la academia, eso es también uso público de la historia. A su vez, la historia comparada puede ayudarnos a descubrir algunas claves interpretativas, pese a las evidentes diferencias históricas entre el caso español y la memoria del fascismo en Europa, en concreto en la Italia republicana, o precisamente gracias a ellas. Me explico: la presencia de actitudes culturales, sociales y psicológicas semejantes induce a pensar en ciertas constantes en los procesos de transición, constantes que han sido bien estudiadas desde el punto de vista de la ciencia política, pero no tanto desde las percepciones y mentalidades, un terreno siempre resbaladizo en los estudios historiográficos.⁸

⁴ Gérard Imbert y José Vidal Beneyto, *El País o la referencia dominante*, Mitre, Barcelona, 1986; José L. López Aranguren, “*El País* como empresa e intelectual colectivo”, *El País* (7 de junio de 1981).

⁵ Luis Negró Acedo, *El diario El País y la cultura de las élites durante la Transición*, Foca, Madrid, 2006, p. 175.

⁶ “La Transición se hizo sin debate intelectual, reducido a una exaltación de los valores democráticos y una crítica genérica y puramente ideológica de la dictadura”, en Josep Ramoneda, “Notes sobre intel.lectuals i política a la transició i la democràcia”, en VV.AA., *La configuració de la democràcia a Espanya*, Eumo, Vic, 2009, p. 187.

⁷ Nicola Gallerano, “Introduzione” y “Storia e uso pubblico della storia”, en id. (ed.), *L'uso pubblico della storia*, Franco Angelli, Milán, 1995; e id., *La verità della storia. Scritti sull'uso pubblico del pasato*, Manifestolibri, Roma, 1999.

⁸ Luca La Rovere, *L'eredità del fascismo. Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo, 1943-1948*, Bollati Boringhieri, Turín, 2008.

Otro concepto sin duda aporético y discutible, el de generación, resulta imprescindible cuando abordamos la historia de la memoria, como ha señalado Paul Ricoeur.⁹ Para el caso de la posguerra española, Julio Aróstegui ha distinguido tres formas dominantes de memoria: la memoria de “identificación” con una de las partes en guerra, con la “confrontación” como elemento central; la memoria de la “reconciliación” como superación del trauma colectivo, y por fin la memoria de la “reparación” o “restitución”, cada una surgida en unas circunstancias políticas y sociales muy determinadas, en solapamiento y debate entre ellas. Josefina Cuesta ha diferenciado entre la generación del 27-36, de los testigos directos; la generación del 56-68, de los hijos y hermanos menores, y las generaciones posteriores a 1975, las que Santos Juliá ha llamado de los “nietos”.¹⁰

Cuando se habla de generaciones, y más aún cuando se utilizan como una categoría metodológica, es muy conveniente distinguir entre un sistema de disposiciones incorporadas y generadoras de prácticas similares, lo que Bourdieu denomina “*habitus* generacional” o Gérard Mauger “generación en sí”, y una “ideología de la generación” asumida e interpretada conscientemente en el curso de las interacciones sociales, la “generación para sí”.¹¹ La idea de generación actúa así circularmente como una “invención” identitaria que encubre una diversidad real de experiencias, intereses y expectativas, pero que refuerza ciertas variables sociológicas y culturales en grupos que irrumpen en la vida pública e intelectual asumiendo un proyecto común, y haciendo valer su condición de novedad como factor de movilización política en ruptura con un orden social considerado caduco.

La dictadura franquista, al igual que el fascismo italiano, estuvo plagada de manifiestos generacionales que trataban de activar su primigenia retórica juvenil mientras una generación de jefes envejecía con sus camisas en el poder. Claudio Pavone comprobó para Italia que tanto la generación fascista como la antifascista se representaron y actuaron como “generaciones largas”, con tendencia a absorber las generaciones intermedias, o

⁹ Paul Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Seuil, París, 2000 (hay traducción española: *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta, Madrid, 2003).

¹⁰ Julio Aróstegui, “Traumas colectivos y memorial generacionales: el caso de la guerra civil”, en Julio Aróstegui y François Godicheau, *Guerra Civil. Mito y memoria*, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 57-93; Josefina Cuesta, “«Las capas de la memoria»: contemporaneidad, sucesión y transmisión generacionales en España (1931-2006)”, en *Generaciones y memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria*, *Hispania Nova*, 7 (2007), <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier.htm>; Santos Juliá, “Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición”, *Claves de la Razón Práctica*, 129 (enero-febrero 2003), pp. 14-24.

¹¹ Pierre Bourdieu, *Razones prácticas*, Anagrama, Barcelona, 1997; Enrique Martín Criado, “De la reproducción al campo escolar”, en Luis Enrique Alonso y otros (eds.), *Pierre Bourdieu, las herramientas del sociólogo*, Fundamentos, Madrid, 2004, pp. 67-114; Gérard Mauger, *Introduction a Karl Mannheim, Le Problème des Générations*, Editions Nathan, París, 1990.

“cortas”, según la terminología de Marc Bloch.¹² Los acontecimientos traumáticos favorecen ese tipo de “generaciones largas” por su carácter de recuerdo dominante, sobre todo cuando se convierten en el acontecimiento fundacional de una dictadura, con su dificultad añadida para el relevo de las élites en el poder. Según este esquema interpretativo, en el franquismo se podría hablar de dos generaciones largas, la de quienes hicieron la guerra y la de quienes no la hicieron.¹³

La “generación larga” del antifranquismo intelectual que domina en este relato suele identificarse con la llamada “generación del 56”, los “hijos de los vencedores y vencidos” o los “hermanos menores” (como los llamó José María García Escudero para acusarlos de ser “neoliberales, maritenianos” y otras cosas nefandas).¹⁴ No era la primera generación que no había combatido la guerra, pues entre ellos y la autoproclamada “generación del 36”, la de los combatientes, había una generación de “niños de la guerra”, término inicialmente acuñado para referirse a los escritores del medio siglo.¹⁵ Magdalena González ha hablado de la “generación herida” para referirse a los nacidos antes de 1940, y los límites se diluyen también por arriba, hacia lo que algunos hemos llamado “generación del 68”.¹⁶

Pero esas “generaciones cortas” fueron asimiladas por una “generación larga” del antifranquismo, la que Víctor Pérez Díaz llama “generación de la Transición” en un reciente retrato sociológico de los nacidos entre 1935 y 1955.¹⁷ Una generación intelectual que ha ocupado un relevante espacio en numerosos campos institucionales, políticos, académicos y sociales tras el final de la dictadura, y que ahora se acerca a su jubilación. Es

¹² Claudio Pavone, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, p. 552. Marc Bloch, citado en Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, PUV, Valencia, 2007, pp. 304-305.

¹³ Así se titulaban, por una parte, el libro del militante antifranquista Eduardo Pons Prades (nacido en 1920), *Los que sí hicimos la guerra*, Martínez Roca, Barcelona, 1973; por otra, el del falangista Rafael Borrás Betriú (nacido en 1935), *Los que no hicimos la guerra*, Nauta, Barcelona, 1971.

¹⁴ Pablo Lizcano, *La generación del 56. La Universidad contra Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1981; Antonio López Pina (ed.), *La generación del 56*, Marcial Pons, Madrid, 2010; José María García Escudero, “La generación de los hermanos menores”, *Alfórez*, 8 (septiembre de 1947), p. 3.

¹⁵ Teresa Pamiés, *Los niños de la guerra*, Bruguera, Barcelona, 1977. Ver Gambrinus, “La degeneración de la generación”, *Alfórez*, 23-24 (enero 1949), p. 4; Juan F. Marsal, *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*, Península, Barcelona, 1979.

¹⁶ Magdalena González, “La generación herida. La guerra civil y el primer franquismo como seña de identidad en los nacidos hasta el año 1940”, *Jerónimo Zurita*, 84 (2009), pp. 87-112; Javier Muñoz Soro, “Entre la memoria y la reconciliación. El recuerdo de la República y la guerra en la generación de 1968”, *Historia del Presente*, 2 (2003), pp. 83-100.

¹⁷ Víctor Pérez Díaz y Juan Carlos Rodríguez, *La generación de la Transición: entre el trabajo y la jubilación*, Servicio de Estudios de La Caixa, Barcelona, 2007.

evidente el riesgo que corremos de vaciar de contenido el concepto de generación al ampliarlo más allá de grupos intelectuales reducidos, con la misma socialización y elaboración de sus vivencias ante un hecho histórico decisivo, lo que Mannheim llamó “unidades de generación”, de manera que las cohortes demográficas se acaban superponiendo y desbordando ese segmento temporal de unos quince años que, según Ortega, marca el relevo generacional.¹⁸ Aun así creo que el concepto puede seguir siendo útil más allá de su sentido biológico y del lazo de parentesco, como “una formación histórica singular que ofrece la ocasión de poner en escena la historia de la memoria”, según lo entiende Pierre Nora.¹⁹

Las memorias del antifranquismo

Se ha dicho que la memoria de la guerra, de la represión de posguerra y de la dictadura franquista no son una misma cosa, y que la primera ha dominado sobre las otras dos.²⁰ Aun así, en los últimos años asistimos a una recuperación del recuerdo de la “gran represión” franquista, en parte todavía asociada a la guerra, pero cada vez más como un proceso autónomo, el de una violencia de Estado ejercida en tiempo de paz y sin las dinámicas propias de un conflicto bélico.²¹ En cuanto a la memoria de la larga dictadura franquista y de la lucha contra ella, sigue estando diluida en acontecimientos más o menos puntuales, como el “contubernio de Munich” de 1962, o en procesos que suelen verse como independientes, relevantes sólo para los implicados, únicos responsables de velar su memoria, como es el caso de los movimientos obrero, estudiantil, feminista o vecinal. Al largo interés historiográfico por la guerra civil ha seguido el de la represión de posguerra y el del antifranquismo, desde una perspectiva cada vez más atenta no sólo a sus aspectos políticos, sino también sociales y culturales. Pero aun considerando algunas iniciativas legales para la indemnización por años de prisión bajo el franquismo, en especial la conocida como “Ley de la Memoria Histórica” de 2007, o gestos simbólicos como el homenaje en el Congreso del 1 de diciembre de 2003,²² la memoria de estos movimientos sigue teniendo un bajo nivel de institucionalización.

¹⁸ Julián Marías, *El método histórico de las generaciones*, Revista de Occidente, Madrid, 1954.

¹⁹ Citado en Paul Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, p. 531.

²⁰ Carme Molinero, “¿Memoria de la represión o memoria del franquismo?”, en Santos Juliá (dir.), *Memoria de la guerra y del franquismo*, Taurus, Madrid, 2006, pp. 219-246.

²¹ Javier Rodrigo, *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Alianza, Madrid, 2008, p. 162.

²² Paloma Aguilar, *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Alianza, Madrid, 2008, pp. 509-511.

La lejanía temporal de la guerra civil y la dura posguerra, la evidente anomalía política del franquismo en el entorno de las democracias occidentales o respecto a su propia propaganda modernizadora y su declarada confesionalidad, en pleno *aggiornamento* de la iglesia católica, son factores todos ellos que podrían favorecer una memoria de la dictadura menos conflictiva. Por eso mismo extraña todavía más la ausencia de una política de la memoria del antifranquismo en la España democrática, cuando existe un acuerdo bastante generalizado en considerar que sobre sus valores se realizó un largo “aprendizaje de la libertad”.²³ Cuando además muchas de las personas que protagonizaron esa lucha han protagonizado también la transición a la democracia desde posiciones de poder institucional, político, cultural o académico, o quizás precisamente por eso, por la dificultad que muchos sujetos individuales y colectivos han tenido en asimilar su propio pasado, del que se encuentran en buena medida alienados, como si aquellas lógicas de entonces les resultaran ahora ajenas e incomprensibles.

No se trata sólo de que las utopías revolucionarias de ayer se vean hoy como un pecado de juventud, venial sí, justificable incluso por las circunstancias y el “espíritu de la época”, pero en ningún caso reivindicable. Su ambigüedad hacia la violencia, aunque no pasara del discurso teórico,²⁴ parece haber contaminado a posteriori la presunta virginidad de esas utopías, como si el terrorismo nacionalista y de extrema izquierda tuviera efectos retroactivos, y la izquierda antifranquista hubiera sido culpable de sembrar esa semilla envenenada para la democracia. Un único acontecimiento violento ha merecido por ahora reconocimiento simbólico: la matanza de abogados del despacho laboralista de la calle Atocha de Madrid el 24 de enero de 1977 y su multitudinario entierro, decisivo para la legalización del PCE. Hemos visto a menudo esas impresionantes imágenes, un monumento de Juan Genovés –artista-icóno del antifranquismo– recuerda lo sucedido cerca del lugar de los hechos y han sido varios los homenajes institucionales y profesionales celebrados en su memoria.²⁵ En cambio, el reconocimiento institucional de víctimas de la

²³ José-Carlos Mainer y Santos Juliá, *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986*, Alianza, Madrid, 2000.

²⁴ Javier Muñoz Soro y Sophie Baby, “El discurso de la violencia en la izquierda durante franquismo y la transición a la democracia”, en Javier Muñoz, José Luis Ledesma y Javier Rodrigo (eds.), *Culturas y políticas de la violencia*, Siete Mares, Madrid, pp. 279-304.

²⁵ En 2007 se colocó una placa bajo el monumento; en 2005 se instituyó el Premio Internacional Abogados de Atocha, y en 2010 el homenaje contó con la presencia de José Bono, aunque dijo acudir al homenaje “no como presidente del Congreso”, sino porque había sido abogado de la acusación particular en el juicio que siguió al asesinato. Durante el acto Bono declaró que “nadie muere del todo mientras no se le olvida” e insistió en que el protagonista de la transición fue el pueblo español y quienes dieron su vida por la libertad sus auténticos representantes; *El Mundo* (24 de enero de 2007) y *Europa Press* (26 de enero de 2010).

dictadura como Grimau, Granados y Delgado, Puig Antich, los fusilados de 1975 o los muertos de Vitoria, parece chocar con esa especie de pecado original.²⁶

La memoria pública y la reparación, sea ésta simbólica o material, pasa por una desideologización y una “victimización” de los sujetos, despojados de sus razones bajo el epígrafe genérico de víctimas de la dictadura. Sabemos que se trata de un mecanismo característico en los actuales procesos de recuperación de la memoria de hechos violentos y traumáticos,²⁷ pero en el caso que nos ocupa ha llegado a la paradoja de que en enero de 2001 el gobierno de José María Aznar concediera al comisario Melitón Manzanás, acusado de torturador y asesinado por ETA, la Real Orden de Reconocimiento Civil a las Víctimas del Terrorismo a título póstumo. Ante el recurso presentado por varios partidos, sindicatos y colectivos ciudadanos, el Tribunal Supremo avaló la concesión de la medalla de acuerdo con la ley de 1999 de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo. Entonces el Congreso, con la única oposición del PP, realizó una reforma de la ley para incluir una salvedad en la concesión de las condecoraciones, que “en ningún caso podrán ser concedidas a quienes, en su trayectoria personal o profesional, hayan mostrado comportamientos contrarios a los valores representados en la Constitución y en la presente ley y a los derechos humanos reconocidos en los tratados internacionales”.²⁸

Pero no cabe duda de que la memoria del antifranquismo ha sido víctima, también ella, de su propia exigencia de reconciliación y superación del pasado. ¿El final del franquismo significaba el final de su contrario, el antifranquismo? De esa paradoja se ha alimentado el discurso del “desencanto”, que no fue ni mucho menos exclusivo de la transición y consolidación de la democracia en España. Tampoco es tan idiosincrásico como pensamos el actual debate sobre la llamada “memoria histórica”, ni siquiera en su exigencia de revisión de la Transición, escrita con mayúscula, cuyas virtudes se han convertido en los vicios de la democracia, por usar la famosa frase de Josep M. Colomer.²⁹ También en Italia se ha escrito –y por supuesto hablado– mucho de la “Resistencia traicionada” o de la “oportunidad perdida” en el origen de la República.³⁰ Para muchos, incluidos curiosamente algunos de los principales protagonistas del proceso, es en la Transición, en su continuidad

²⁶ Se han realizado documentales, como *Granados et Delgado, un crime légal* (1996), de Lala Gomá y Xavier Montanyà, o la película *Salvador* (2006), de Manuel Huerga. Los homenajes a Julián Grimau se han celebrado sólo en ámbito del PCE u otros partidos comunistas.

²⁷ Enzo Traverso, *Il passato: istruzioni per l'uso. Storia, memoria, politica*, Ombre Corte, Verona, 2006.

²⁸ *El Mundo* (20 de enero de 2001); *Recurso contencioso administrativo en el caso de Melitón Manzanás* (www.derechos.org); *La Voz de Galicia* (21 de noviembre de 2002).

²⁹ Josep Maria Colomer, *La transición a la democracia: el modelo español*, Anagrama, Barcelona, 1998. p. 181.

³⁰ Ernesto Galli Della Loggia, “La Resistenza tradita”, en id., *Miti e storia dell'Italia unita*, Il Mulino, Bolonia, 1999, pp. 160 y ss.

institucional, su discurso autorreferencial sobre el “espíritu de consenso” y su presunta amnesia del pasado donde debemos buscar muchos de los defectos de la democracia española.³¹

Esta vez la historia ha ido por detrás de la memoria, y son ya numerosos los libros que tratan de desmontar los presuntos mitos y mentiras de la Transición, mientras un cada vez más amplio movimiento político reivindica la memoria republicana y el antifranquismo como bases para una relegitimación del sistema político español homologándolo a las democracias antifascistas surgidas en la Europa de la posguerra.³² También contamos ya con hipótesis bien documentadas y argumentadas sobre las razones y los tiempos de estos usos políticos de la memoria, aunque no debemos olvidar que se encuadran en un fenómeno mucho más general que afecta a nuevas y viejas democracias en varios continentes, más allá de sus respectivas circunstancias nacionales.³³ Y tampoco se ha hecho esperar la respuesta desde los medios de comunicación de quienes defienden el legado de la Transición a través de iniciativas conjuntas, transversales a la política y con una marcada identidad o conciencia generacional.³⁴ Se ha llegado incluso a hablar de la Constitución de 1978 como un “lugar de memoria”, investido de un carácter casi sacro, y de su uso político dirigido a invalidar tales revisiones y los proyectos políticos a ellas asociados.³⁵

Pero ahora querría esquivar este debate para volver a él al final del texto, después de haber recorrido un itinerario que comienza con los orígenes de una generación intelectual nacida

³¹ Ver, por ejemplo, Juan Carlos Monedero, “La Transición contada a mis padres”, *Público* (28 de abril de 2010); Josep Fontana, “Tra(ns)iciones”, *Público* (5 de mayo de 2010), los artículos de Vicenç Navarro recogidos en su *blog* www.vnavarro.org, o los de José Vidal-Beneyto en *Memoria democrática*, Madrid, Foca, 2007. Asimismo es significativa la nueva opinión sobre la función social y política de la memoria expresada por políticos de izquierda como Alfonso Guerra, Felipe González o Santiago Carrillo en varias entrevistas, actos públicos o prólogos de libros; ver, por ejemplo, Felipe González y Juan Luis Cebrián, *El futuro no es lo que era. Una conversación*, Aguilar, Madrid, 2001.

³² Entre otros, Bénédicte André-Bazzana, *Mitos y mentiras de la Transición*, El Viejo Topo, Barcelona, 2006; Damián A. González (coord.), *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Catarata, Madrid, 2008; Ferrán Gallego, *El mito de la transición*, Crítica, Barcelona, 2008; Eduard Pons Prades, *Los años oscuros de la transición española: La crónica negra de 1975 a 1985*, Belacqua, Barcelona, 2005; Alejandro Ruiz-Huerta Carbonell, *Los ángulos ciegos. Una perspectiva crítica de la transición española, 1976-1979*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2009; Mariano Sánchez Soler, *La transición sangrienta. Una historia violenta del proceso democrático en España (1975-1983)*, Península, Barcelona, 2010.

³³ Una de las últimas aportaciones en Santos Juliá, “El retorno del pasado al debate parlamentario (1996-2003)”, *Alcores*, 7 (2009), pp. 231-256.

³⁴ Caso de la Fundación Transición Española, creada en febrero de 2007 (www.transicion.org).

³⁵ Carsten Humlebaek, “La Constitución de 1978 como lugar de memoria en España”, *Historia y Política*, 12 (julio-diciembre 2004), pp. 187-210.

y socializada bajo el franquismo, que hizo de la reconciliación, y por tanto de la superación de la dialéctica franquismo-antifranquismo, su grito generacional. Que sigue con su irrupción en el espacio público y con el análisis que realiza durante la transición a la democracia, a través de sus libros y colaboraciones con la prensa diaria, del pasado dictatorial apenas abandonado. Y que termina con su memoria actual del antifranquismo cultural e intelectual. Es decir, un recorrido por los intelectuales y su propio pasado, evitando las interpretaciones psicoanalíticas a que pudiera dar lugar y para las cuales carezco del utillaje conceptual necesario. Un análisis sobre la cultura (del antifranquismo) desde la cultura, asumiendo la relativa autonomía de lo cultural respecto a lo político porque, como ha señalado Paloma Aguilar, en lo que atañe a la memoria existen niveles distintos y mezclarlos puede llevar a confusión.³⁶

Recuerdo y olvido, entre la culpa y la pedagogía

Se ha escrito mucho sobre la exigencia de reconciliación que tomó la forma de un manifiesto generacional desde 1956, pero que fue convirtiéndose cada vez más en un lugar de encuentro no sólo intrageneracional, sino también intergeneracional con los combatientes del 36 que dieron ese auténtico paso del Rubicón que suponía renunciar a la guerra y sus razones; y con los exiliados que, como ha escrito Jordi Gracia, habían dejado de sentirse miembros de la España de posguerra, pero no de la cultura española y reconocían la inviabilidad de una escisión perpetua entre dentro y fuera.³⁷ Sin que ello significara nostalgia de la República, pues desde esos años la memoria traumática de la guerra y la represión se tradujo en un “todos fuimos culpables”.³⁸

La reconciliación fue un objetivo, seguramente el más potente junto a la democracia y la integración en Europa entre los que impulsaron al antifranquismo, así como una estrategia política, en respuesta al fracaso de la lucha armada y a la consolidación internacional del régimen. Pero fue también una actitud ética y prepolítica, como demuestra el hecho sorprendente de que los grupos de la extrema izquierda surgidos precisamente en desacuerdo a la política de reconciliación nacional de la izquierda histórica, incluidos los que optaron por la violencia como forma de hacer política, no enlazaran simbólica o ideológicamente con ese pasado.³⁹ La reconciliación era una necesidad, el reflejo de un malestar psicológico profundo motivado por la amenazante presencia de la dictadura, por la

³⁶ Paloma Aguilar, “La evocación de la guerra y del franquismo en la política, la cultura y la sociedad españolas”, en Santos Juliá (dir.), *Memoria de la guerra y del franquismo*, Taurus, Madrid, 2006, pp. 279-317.

³⁷ Jordi Gracia, *A la intemperie*, p. 72.

³⁸ Nicolás Sartorius y Javier Alfaya, *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*, Espasa, Madrid, 1999. *Todos fuimos culpables* fue el título de un libro de memorias publicado por el socialista Simeón Vidarte en 1976.

memoria del miedo, por la ruptura generacional con unos padres culpables de todo aquello, aunque con el tiempo serían recordados más compasivamente por lo que eran, “sobrevivientes de una guerra, apabullados, silenciosos, menesterosos o muertos”.⁴⁰ Ese cansancio, impaciencia e ignorancia respecto a su pasado, que estaba dejando de serlo gracias a los esfuerzos poligenésicos para la reconstrucción de la razón estudiados por Elías Díaz,⁴¹ determinaron la prolongada vigencia del recuerdo traumático de una guerra (y posguerra) que nunca como entonces se percibió tan incivil, y su desactivación como referencia funcional en términos ideológicos, políticos o de valores.

En el análisis de contenido que he realizado sobre las secciones de Opinión, Tribuna Libre y editoriales del diario *El País* entre 1975 y 1982, el tema de la reconciliación aparece de manera central o transversal en un gran número de artículos. Todos ellos tienen en común subrayar la relevancia del tema para el proceso en curso y la hipótesis de un futuro “normalizado”, aunque eso no significara siempre apelar al olvido. De hecho, sobre un mismo afán de superación y reconciliación, y sobre una interpretación histórica también ampliamente compartida, la de una “culpa colectiva”, se pueden distinguir dos polos opuestos: uno destacaba la importancia de la memoria para la “moralización” de la democracia; el otro defendía la utilidad del olvido ante la dificultad o poca urgencia de afrontar el problema. Entre esos dos polos las posiciones fueron mucho más matizadas de lo que hoy pensamos.

Así, intelectuales como Josep Meliá, Vicent Ventura o Paulino Garagorri abogaron por la función pedagógica de la memoria. Este último escribía que “en los cuarenta años de franquismo y de conformidad con la tradición de los regímenes personales, ni se ha reconocido públicamente un error, ni se ha juzgado a los posibles culpables. Y temo que la huella de esa ausencia, por así decirlo, produce defectos decisivos en las conciencias formadas en tales usos, pues se trata de una de las ejemplaridades capitales para la normalidad intelectual y la educación del ciudadano”.⁴² Una postura que en su versión más radical representaba –y ha seguido representando hasta su muerte– José Vidal-Beneyto, cuando escribía en 1981 que “nuestro universo simbólico es una gran pantalla blanca en la que no hemos logrado escribir siquiera algunos de nuestros muertos: Salvador Puig Antich, Julián Grimau, Antonio Amat, Enrique Ruano. Lo que hace inútil su búsqueda en las calles

³⁹ Javier Muñoz Soro, “La reconciliación como política: memoria de la violencia y la guerra en el antifranquismo”, *Jerónimo Zurita*, 84 (2009), pp. 113-133.

⁴⁰ Juan Francisco Marsal, *Pensar bajo el franquismo*, p. 40.

⁴¹ Elías Díaz, *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1875)*, Tecnos, Madrid, 1983.

⁴² Paulino Garagorri, “El pasado: quinta columna”, *El País* (29 de mayo de 1976). Por razones de espacio no presentaré a los autores, cuyas profesiones y dedicaciones tienen, en la mayoría de los casos, notoriedad pública.

y plazas de los municipios en que es mayoritaria la izquierda española, pues en ellos a los nombres franquistas les han sucedido –cándida coartada– los del santoral”.⁴³

Explicando el interés de los escritores por el pasado reciente, el exiliado Manuel Andújar hablaba del sentimiento de un exilio injusto y la pretensión de entender las razones del conflicto, y precisaba que “no escribimos sobre la herida de la guerra civil para agrandarla, sino para curarla, puesto que un pueblo no puede existir si pierde la memoria inmediata”. Para Juan Goytisolo era necesario exorcizar el pasado y proceder a una reparación más o menos simbólica de las víctimas todavía ocultas, las del franquismo, igual que para Antonio Lara las imágenes de la película *Canciones para después de una guerra*, “nos vuelven a enfrentar con un pasado fantasmal y opresivo que es urgente exorcizar por completo”. Porque si “todo imaginario social se alza sobre una historia y vive de un pasado”, afirmaba Isaac Montero, memoria e identidad iban de la mano.⁴⁴ Un editorial de *El País* de 1978 titulado “Los vencidos piden la palabra”, retomaba esos mismos argumentos al constatar que:

“Los vencidos pueden ya defenderse y contar su versión de lo ocurrido desde 1931. Se publican las memorias de algunos de los protagonistas del bando gubernamental. Libros y reportajes intentan una visión imparcial de las bondades y barbaridades en todos los frentes y retaguardias. Nuevas revistas de historia se unen a las ya existentes en un afán de romper el maniqueísmo triunfal de aquellos libros de texto de nuestro bachillerato. Este sano repaso de nuestras sangrientas discrepancias resulta una desintoxicación necesaria para la reconciliación y la convivencia”.⁴⁵

Pero, al igual que muchos otros editoriales sobre el tema, terminaba sosteniendo un discurso equidistante que recurría, una y otra vez, al tópico machadiano de “las dos Españas”, pues “no son tan distintas, tan distantes, como tampoco lo fueron Antonio y Manuel Machado”.⁴⁶ En un artículo de Javier Pradera de 1977 sobre “los hijos de los vencedores que militan ahora con los vencidos”, escrito en una neutra tercera persona, aparecía otra idea fundamental en la reflexión europea de los posfascismos: la condena del franquismo (como sistema) era compatible con la amnistía a los franquistas (como

⁴³ José Vidal-Beneyto, “La última playa”, *El País* (4 de julio de 1981).

⁴⁴ “Estudio de la novelística sobre la guerra civil”, *El País* (31 de julio de 1979); Juan Goytisolo, “Las cruces de Yeste”, *El País* (17 de noviembre de 1981); Antonio Lara, “La búsqueda del tiempo perdido”, *El País* (10 de noviembre de 1976); Isaac Montero: “La memoria de la posguerra no es patrimonio de la ultraderecha. Entrevista con el autor de *Necesidad de un nombre propio*”, *El País*, 29 de marzo de 1979.

⁴⁵ *El País* (2 de diciembre de 1978).

⁴⁶ Sobre el uso público y político de Antonio Machado, ver Javier Muñoz Soro y Hugo García Fernández, “Poeta rescatado, poeta del pueblo, poeta de la reconciliación: la memoria política de Antonio Machado durante el Franquismo y la Transición”, *Hispania*, 234 (enero-abril 2010; en prensa).

personas), pues “la responsabilidad de aquella sangría no recae sobre los hombres que físicamente empuñaron las armas homicidas o dieron las órdenes de hacerlo, sino sobre el impersonal juego de fuerzas que puso en funcionamiento un sistema social injusto”. Un recurso a la despersonalización que se demostraría muy útil al referirse al pasado.⁴⁷

Si para unos, como vemos, el pasado debía tener un carácter moralizador para la educación de unas generaciones nacidas y socializadas en el franquismo, por supuesto lejos del ajuste de cuentas, para otros su valor didáctico debía limitarse únicamente a los libros de historia. Como afirmaba Javier Tusell, “Franco y el franquismo, para los historiadores”; o en esta cita del psiquiatra Castilla del Pino:

“Historiadores y lectores de Historia debemos conspirar para hacer irrepetible el franquismo. Pedir que no se olvide, que se asuma históricamente, implica que hemos de explicarlo, para lo cual es indispensable que dejemos de proyectar en el franquismo otra cosa que no sea el análisis y la mera constatación de lo que fue. En suma, hay que amnistiar el franquismo; luego, historiarlo”.⁴⁸

Esta idea de pasado historiado, desactivado por tanto de su carga psicológica y social para cumplir una mera función pedagógica, se encuentra incluso en exiliados como Francisco Ayala, para quien el recuerdo de la guerra civil todavía operaba sobre la conciencia de los españoles, y así había podido ser utilizado por el franquismo en su propio beneficio. Justamente por eso se trataba de desactivarlo en vista de las muy distintas condiciones históricas, superando un antifranquismo que no hacía sino actualizar con su propia existencia el franquismo, para así poder avanzar hacia el futuro. Tuñón de Lara recurría a un oxímoron, “recordar olvidos”, para justificar un recuerdo que no iba dirigido a “ahondar heridas” o “avivar rencores”, y “que tiene que basarse en el respeto de los derechos y opiniones de todos”.⁴⁹

Esa pedagogía del recuerdo trataba de combatir una aceleración histórica que sorprendía a los mismos contemporáneos, como si el olvido hubiera sido un fenómeno social espontáneo e inevitable. A un año de la muerte del dictador aparecían en la prensa titulares como “Hace un siglo, Franco” (*Diario 16*) o “Franco, operación olvido” (*Cuadernos para el Diálogo*). En 1979 precisamente el ex director de *Cuadernos para el Diálogo*, Pedro Altares, en un artículo titulado “Franco, casi un general romano”, se preguntaba “¿qué es mejor para el futuro, olvidar el pasado o asumirlo?”. La opción elegida parecía ser el olvido y la no

⁴⁷ Javier Pradera, “Los hijos de los vencedores”, *El País* (20 de enero de 1977).

⁴⁸ Javier Tusell, “Balance de dos años. El General Franco, dos años después”, *El País* (23 de noviembre de 1977); Carlos Castilla del Pino, “Democracia: una primera expectativa”, *El País* (24 de junio de 1977).

⁴⁹ Francisco Ayala, “A vueltas con el terrorismo: (Respuesta a una carta ajena)”, *Informaciones* (4 de octubre de 1978); Manuel Tuñón de Lara, “La tentación totalitaria”, *Diario 16* (29 de abril de 1977).

asunción individual de una culpa colectiva, como en Alemania, donde treinta años después la serie *Holocausto* había podido ser presentada como una absoluta novedad, en la que había sólo víctimas, pero ningún culpable:

“Para muchos, la actitud correcta es no mirar nunca hacia atrás. No pensar en un tiempo en que todo, por activa o por pasiva, sólo habla de culpables. Hay que retirar de nuestras paredes los símbolos del oprobio, quemar las fichas de los inocentes de la Dirección General de Seguridad, olvidarnos del nombre de los que las hicieron cumpliendo con la ley y con su deber. Es el primer paso para creer firmemente que la culpa, toda la culpa, fue de un solo hombre, y que el resto de los treinta y tantos millones de ciudadanos éramos únicamente espectadores. Retiremos, pues, todas las medallas concedidas por unanimidad al general Franco. Y que se tachen o se pierdan todas las actas que reflejan el acuerdo. Conseguiremos así, en lugar de sentir el vértigo de la vergüenza, la complacencia de las conciencias satisfechas. La nuestra será una historia que nunca existió. Las hemerotecas mienten: ciertas páginas jamás fueron escritas”.⁵⁰

El largo viaje de una generación intelectual

La introspección biográfica podía ser útil en esa tarea de reame moral, pero sorprende las contadas ocasiones en que los intelectuales se volvieron hacia su propio pasado para buscar en él algunas claves explicativas. La expiación y el examen de conciencia individual habían sido invocados a menudo cuando, con un léxico cristiano, se empezó a hablar de reconciliación desde finales de los cincuenta. Sin embargo, tales invocaciones parecían encontrarse con resistencias e incomprensiones que acabaron por hacerlas bastante excepcionales. Así ocurrió con Dionisio Ridruejo, de quien póstumamente se publicaron *Casi unas memorias* (1976).

El caso más conocido fue el *Descargo de conciencia* (1976) de Pedro Laín Entralgo. Hoy criticado por sus carencias y por su reinvención del pasado –de “inmundo” lo califica Benjamín Prado⁵¹–, en el momento de su aparición el libro provocó un considerable interés. A Julián Marías le produjo desazón y dudaba de su acierto porque había “cedido a esa obsesión judicial de nuestro tiempo, a ese afán por buscar culpabilidad”. Laín había sido “muy severo, de sí mismo, con lo cual quizá ha frustrado lo que pudo ser un espléndido libro de memorias, de recuerdos personales e históricos, conmovido, dolorido cuando hiciese falta, pero alegre, lleno de complacencia en la realidad y en una vida que es de las más «presentables» que conozco”. Carlos Seco tampoco lo creyó “oportuno”, porque “¿quién sería el español coetáneo de la gran ruptura, capaz de lanzar la primera piedra?”.⁵²

⁵⁰ *El País* (3 de mayo de 1979).

⁵¹ Benjamín Prado, *Mala gente que camina*, Santillana, Madrid, 2006, p. 124.

Más positiva fue la acogida de Tierno Galván que, en sus *Cabos sueltos* (1981), reconocía que “no son muchos los españoles que han tenido el valor de Laín Entralgo de desnudarse, por así decirlo, en público”, enmarcándolo en un proceso largo y admirable de expiación cristiana.⁵³ El propio Laín, dos semanas después de aparecer *El País* en los quioscos y con motivo de la publicación del libro, declaraba en primera página: “He sido estúpidamente falangista”. Y dejaba clara la naturaleza absolutoria de esa confesión cuando, todavía en 1981, apelaba a la valentía para hacer un examen de conciencia tanto en la izquierda como en la derecha, para poder confesar “«también yo erré, también yo delinqué». Y luego, a trabajar, opinar y divertirse, conviviendo”.⁵⁴

Sabemos que este examen de conciencia conllevaba casi inevitablemente una “reinvención” más o menos consciente del propio pasado, en la que solían evitarse los aspectos más oscuros de la colaboración con el régimen en su primera etapa, y se buscaban las semillas de una evolución “silenciosa”, pues las actitudes ahora confesadas no coincidían con los comportamientos públicos de entonces.⁵⁵ Un proceso narrativo y psicológico que está en la base de la conocida paradoja del “falangismo liberal”, igual que en la Italia posfascista lo estuvo de otras semejantes como el “fascismo antifascista”, y de relatos que dieron coherencia, sentido y renovada identidad a los fascistas derrotados de 1945, como en el célebre relato *Il lungo viaggio* de Ruggero Zangrandi.⁵⁶ De manera que Carlos París, si bien reconoce que “colaboré en revistas del SEU y desarrollé actividades dentro de este sindicato creado por la Falange –y de adscripción obligatoria para los estudiantes de aquella época–, ello se realizó bajo la sugestión de la pretendida «revolución nacional-sindicalista» y en oposición al régimen franquista”. El salto al marxismo dejaba de ser tal, para convertirse en una evolución coherente en esa búsqueda sincera de un ideal: “No es de extrañar, entonces, que, posteriormente, librado de aquellos espejismos juveniles, encontrara en el ideal comunista de la sociedad sin clases, la sociedad de productores asociados, en términos de Marx, la autenticidad del ideal revolucionario”⁵⁷.

⁵² Julián Marías, “La confesión histórica”, *El País*, (22 de junio de 1976); Conrado Giraldo, “Pedro Laín Entralgo como historiador: un análisis de la generación y de la biografía como argumentos para la conciliación”, *Azafea. Revista Filosófica*, 10 (2008), pp. 179-198.

⁵³ Enrique Tierno Galván, *Cabos sueltos*, Bruguera, Barcelona, 1981, pp. 117-118.

⁵⁴ Pedro Laín Entralgo, “Sobre la convivencia en España”, *El País* (7 de mayo de 1980).

⁵⁵ Jordi Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Anagrama, Barcelona, 2004.

⁵⁶ Ruggero Zangrandi, *Il Lungo viaggio attraverso il fascismo. Contributo alla storia di una generazione*, 1948; Joaquín Juan Peñalva, “Descargos, diarios y palinodias: algunos ejemplos de literatura memorialística en la generación del 36”, *Anales de Literatura Española*, 14 (2000-2001), pp. 97-133.

⁵⁷ Carlos París, “Puntualizaciones a Fernando Savater”, *El País* (24 de marzo de 2007).

A las estrategias discursivo-psicológicas del “gueto al revés” se sumó en esas biografías otra muy habitual, la de transferir toda la culpa a un solo hombre, al líder, a Franco, traidor de unos ideales fascistas originarios cuya perversidad intrínseca podía así no ser asumida. En varias de sus numerosas colaboraciones a *El País* durante los años de la Transición, Antonio Tovar reconoció que:

“En mi juventud me dejé llevar de la oposición, entonces absorbente, entre fascismo y comunismo, eligiendo uno de los dos campos, con olvido de que seguía existiendo en medio la variada opción de la libertad, llegué a conocer por dentro alguno de los ministerios de Franco en el Burgos de 1938 y el Madrid de 1940, y visité más de una vez a Hitler en su despacho de la Cancillería de Berlín y una vez a Mussolini en el gran salón del palacio de Venecia, en Roma”⁵⁸.

Conocía bien por tanto aquella “política atroz y apocalíptica”, y aquel “régimen impresentable y corrupto, basado en la adulación y en el encubrimiento, un régimen que nos ha quitado a todos el sentido de la educación ciudadana”. En el que Franco, “aquel hombre vulgar y gris, vacío de contenido” las consignas de Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera, esencialmente “un hombre sincero”. Incluso Aranguren, intelectual por excelencia de la izquierda, no podía evitar comparar a Blas Piñar y los militares golpistas del 23-F con “la gallardía juvenil de José Antonio”, y hasta proponía que “nuestro ausente de hoy podría ser Dionisio Ridruejo”.⁵⁹

No encontramos, con la excepción de Ridruejo, nada parecido a una reflexión sobre el totalitarismo y sus consecuencias, donde tenga cabida la propia experiencia vital. Tanto menos encontraremos algo parecido a una asunción de responsabilidades o de culpas en los numerosos libros de memorias que algunos notorios intelectuales, políticos y militares del régimen –José M. Pemán, Pedro Sainz Rodríguez, Juan Beneyto, Serrano Súñer, Alfredo Kindelán, Manuel Fraga o José M. de Areilza– publicaron durante esos años. Así, Sainz Rodríguez declaraba en una entrevista a Manuel Vicent: “Yo he sido siempre enemigo de las dictaduras militares (...) Yo era partidario del olvido, del perdón, lo que propugnaba la Monarquía”. Mientras que Serrano Súñer hablaba de “las ilusiones perdidas, las promesas altas, las esperanzas de los que, en Burgos, en medio de los horrores de la guerra civil –que nadie que esté en su sano juicio podrá desconocer y dejar de lamentar– soñábamos, con patriotismo ardiente, en una nueva España refundida”.⁶⁰

La reivindicación del exilio y su temprana conversión en una especie de “lugar de la memoria” se erigía como un contramodelo de estas biografías, de ahí que algunos, como

⁵⁸ Antonio Tovar, “El compromiso con la libertad”, *El País* (25 de mayo de 1981).

⁵⁹ José Luis L. Aranguren, “La ausencia de Dionisio Ridruejo, hoy”, *El País* (29 de septiembre de 1981).

⁶⁰ *El País* (17 de agosto de 1981); “«Nuestro alejamiento del régimen fue hace ya 35 años». Serrano Súñer presentó sus *Memorias*”, *El País* (13 de julio de 1977).

José M. García Escudero, lo consideraran “sobrevalorado”, o que otros contrapusieran el ejemplo de sus propios exilios, caso de Ricardo de la Cierva, emigrado con su familia a Francia durante los años republicanos.⁶¹ A los pocos meses de la muerte de Franco un editorial de *El País* reflexionaba sobre la deuda con el exilio:

“Quizás más importante aún sea hacer un examen colectivo de conciencia para saber si los españoles tienen alguna deuda contraída con quienes permanecieron fuera de su patria durante tan largo tiempo. En el caso de que tal deuda exista, ¿es una retribución suficiente autorizarles la entrada en el país sin detenerles ni procesarles? Nada puede asegurar con certeza cuáles serán los escritores ingresados en la Real Academia Española desde 1939 hasta nuestros días, que pasarán a la gran historia de la literatura española. Es seguro, sin embargo, que ocupan ya un lugar indiscutible en ella Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Luis Cernuda y León Felipe, fallecidos en el exilio, y los todavía vivos y transterrados Jorge Guillén y Rafael Alberti. Ninguno de estos nombres figura, para vergüenza de todos, en la lista de los llamados inmortales. ¿Quién pagará esa deuda? Para los muertos la reparación es inútil; para los vivos, es ya demasiado tarde”.⁶²

El editorial provocó una respuesta de José Luis Pinillos sobre la deuda contraída con quienes se “insiliaron” y, refiriéndose a Julián Marías, recordó que “todo hubiera ido peor si muchos de los que se quedaron se hubiesen marchado también”. Quedarse podía incluso haber sido más ejemplar, de manera que un joven Javier Tusell no dejaba pasar la oportunidad al polemizar con Carrillo de recordarle que quizás había estado “confortablemente instalado en el exilio”, mientras a él le “sometían a expediente académico siendo estudiante”.⁶³ No obstante, el antifranquismo también podía ser una coartada, como en el caso de esos “prestigiosos pensadores antifranquistas –ironizaba Juan Luis Cebrián– que ahora se ha descubierto que, efectivamente, tenían mucho de lo segundo pero muy poco de lo que era exigible a su condición de intelectual”. La libertad dejaba el talento al descubierto, “por eso se explica que los intelectuales de hoy, los verdaderos, sean los de siempre”, un Aranguren, un Caro Baroja o un Cela, porque “en la hora de la recuperación de Miró, del reencuentro con Chillida, de la permanencia de Alberti, este país no puede volver a dar garrote vil a Pascual Duarte”.⁶⁴

La generación siguiente, la de los hijos o hermanos menores, tampoco se distinguió por sus afanes introspectivos. En 1979 apareció el retrato generacional de Juan F. Marsal *Pensar bajo el franquismo*, que narra el tránsito de buena parte de los jóvenes intelectuales

⁶¹ Bel Carrasco, “Entrevista a Vicente Llorens”, *El País* (27 de septiembre de 1977); Carta de Ricardo de la Cierva, *El País* (27 de septiembre de 1977).

⁶² Editorial, “La deuda con el exilio”, *El País* (17 de junio de 1976).

⁶³ José Luis Pinillos, “Los exiliados de fuera y de dentro”, *El País* (24 de junio de 1976); Javier Tusell, “Para Santiago Carrillo”, *El País* (25 de marzo de 1977).

⁶⁴ Juan Luis Cebrián, “Camilo, o de las insidias de la libertad”, *El País* (9 de mayo de 1978).

falangistas hacia la izquierda antifranquista en la década de los cincuenta, la que un libro de Pablo Lizcano aparecido en 1981 denominó “generación del 56”. Para Javier Pradera, la lectura del libro de Lizcano mostraba cómo su generación había superado los planteamientos de la guerra civil, aunque veía aspectos negativos en la herencia del antifranquismo: “eramos un grupo de intrigantes, probablemente porque la clandestinidad era dura y por la resistencia de la sociedad española a este tipo de movimientos; pero esta furia conspiratoria y de intrigas ha sido negativa para la posterior práctica política, puesto que de aquella actitud surgió una gramática, un lenguaje de la política como ocupación del poder y alejada totalmente de las exigencias sociales”.⁶⁵ En el mismo sentido, Víctor Pérez-Díaz ha hablado de “tendencias a la irrealidad” de una generación protegida por su origen burgués, crecida en el arte de la simulación política y del doble lenguaje, para lo que habría dispuesto de buenos maestros (Tierno Galván), encantada por el marxismo y la revolución, dogmática pero al mismo tiempo pragmática a la hora de distinguir los diversos registros de su actividad (el trabajo en la administración franquista o la reunión clandestina). Una vez muerto Franco, a la hora de enfrentarse a la realidad en la que se toman decisiones políticas que tienen consecuencias concretas, esa formación les habría conducido a cierta “debilidad moral” entendida como incapacidad de permanecer fieles a los principios y normas.⁶⁶

Seis meses después de la muerte del dictador, Paulino Garagorri advertía del “grave espejismo que hoy aqueja a las mentes juveniles que se enfrentan con el franquismo es creerse ajenas a su influjo cuando en verdad actúan orientadas por sus huellas”. Crecidos, formados y socializados bajo el autoritarismo, precisamente sobre ellos “el peso de la era de Franco es más intenso”, y ese peso recaía “todavía más hondamente en los que han polarizado sus tendencias en la oposición a esa sociedad, pues la servidumbre de la hostilidad suele ser más profunda que la inspirada en la adhesión”. Esa “contaminación” del propio antifranquismo podía rastrearse en comportamientos poco democráticos como la eliminación del diálogo, la insegura aplicación de las leyes, la ausencia de estímulos a la responsabilidad, el cultivo del secreto, el desprecio de la opinión ajena. Garagorri hablaba desde la atalaya de “quienes por el «privilegio» de la edad asistimos a la instauración y al declive del sistema, desde fuera de él, hemos podido contemplarlo siempre como algo anómalo y perecedero, y por ello, estamos menos condicionados por su influjo”. Es decir, la misma idea de Croce y los liberales italianos del fascismo como anomalía, como enfermedad moral, como paréntesis histórico, y de la didáctica como tarea apremiante para “comenzar a extirpar ese pasado o quinta columna que habita en las conciencias” de los jóvenes.⁶⁷

⁶⁵ “Presentado un libro de Pablo Lizcano sobre la oposición universitaria al régimen franquista”, *El País* (19 de diciembre de 1981).

⁶⁶ Víctor Pérez Díaz, *La lezione spagnola. Società civile, politica e legalità*, Il Mulino, Bolonia, 2003, pp. 167-189.

⁶⁷ Paulino Garagorri, “El pasado: quinta columna”, *El País* (29 de mayo de 1976).

Tampoco los más jóvenes, nacidos después de 1940, volvieron la vista hacia su pasado revolucionario, si no era para sorprenderse de las lógicas y el lenguaje a los que habían sido conducidos por una especie de corriente histórica, y que vistos pocos años después resultaban casi incomprensibles. Muchos intelectuales de esa generación dejaron de sentirse “orgánicos” en un sentido gramsciano, para convertirse en los constructores de lo que Santos Juliá ha llamado “el relato de la democracia”⁶⁸. Desde esa posición neutra y en cierta media posideológica escribían, como hemos visto, contra las lógicas amigo-enemigo que habían llevado a la guerra y la dictadura. No fue algo exclusivo de la transición española. Para el caso argentino se ha constatado cómo los intelectuales construyeron una peculiar relación con el pasado autoritario, “lo analizaban en clave sociológica, política o económica, sin presentarse a sí mismos como continuadores actuales de esas luchas pasadas que los habían tenido por partícipes directos unos años atrás”. Su compromiso intelectual era ahora con la democracia, no con un partido o asociación, se había convertido en un asunto de valores culturales, y transformar una cultura autoritaria en otra democrática les llevaba a ver cómo sus viejos compromisos políticos parecían haber perdido completamente sentido.⁶⁹

Antifranquismo para sociólogos e historiadores

Una larga generación de antifranquistas entraba en la transición política al mismo tiempo que maduraban sus carreras académicas, universitarias, periodísticas o intelectuales. Desde esas posiciones, a menudo aún precarias, empezaron a analizar lo que ocurría en clave sociológica, política o económica, distanciándose del papel que ellos mismos habían desempeñado como sujetos políticos más o menos activos, y palabras como “consenso” o “democracia” adquirieron nuevo significado, como demostraron Rafael del Aguila y Ricardo Montoro en un trabajo pionero.⁷⁰ En realidad esas palabras fueron perdiendo su valor descriptivo para adquirir uno cada vez más performativo, que interpretaba el proceso para darle nombre, orden y sentido, para dirigirlo como si se tratara de una profecía autocumplida.⁷¹ Del mismo modo, los modelos científicos no fueron sólo un “modelo de”

⁶⁸ Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2004, p. 462.

⁶⁹ Sergio E. Visacovsky y Rosana Guber, “¿Crisis o transición? Caracterizaciones intelectuales. Del dualismo argentino en la apertura democrática”, *Anuario de Estudios Americanos*, 62 (enero-junio 2005), pp. 55-85.

⁷⁰ Rafael del Águila y Ricardo Montoro, *El discurso político de la transición española*, CIS-Siglo XXI, Madrid, 1984.

⁷¹ John L. Austin llama enunciado performativo al que no se limita a describir un hecho sino que por el mismo hecho de ser expresado realiza el hecho, en *Cómo hacer cosas con palabras* (1955); edición digital en www.philosophia.cl. Según el sociólogo Robert K. Merton, la profecía que se cumple o autorrealiza es, al principio, una definición falsa de la situación que despierta un nuevo comportamiento que, a su vez, hace que la falsa concepción original de la situación se vuelva

realidad, sino también como un “modelo para” incidir en la realidad, de acuerdo con las categorías elaboradas por Clifford Geertz.⁷² Creo que así debe entenderse el éxito de modelos como los elaborados para las transiciones políticas, o categorías como el “franquismo sociológico”, acuñada por el sociólogo Amando de Miguel, colaborador de los conocidos informes FOESSA, en su libro de 1975 *La sociología del Franquismo*.

La idea de unas “zonas grises”, unas “mayorías silenciosas”, había sido central en las reflexiones de muchos intelectuales italianos y alemanes de la posguerra sobre las dificultades de adaptación a la democracia de las masas que habían apoyado o habían crecido en el fascismo. Su expresión política más conocida fue el *qualunquismo* italiano. En realidad suponía un rechazo implícito de la tesis “accidental” de la dictadura, la que veía en ésta sólo una praxis, una cáscara vacía sin ideología, una “superestructura” como gustaban decir los intelectuales marxistas o un mero “paréntesis”, expresión favorita de los liberales. La noción de “franquismo sociológico” permitía acentuar la gravedad de las herencias culturales y sociales de la dictadura. Como decía Baltasar Porcel, “los franquistas existentes en el país, los que sostuvieron el régimen o dejaron que se sostuviera, son muchos, son millones de personas”, y “el 18 de julio no es un anacronismo, pese a que lo sean sus celebrantes”.⁷³ Desde la perspectiva de la cultura política, Antonio López Pina y Eduardo Aranguren se acercaron al problema en 1976. Para ellos, la sociedad española había sido conformada por el franquismo, que había acabado por convertirse en una “forma de vida”, y señalaban algunos de sus rasgos: doblez, adulación, acatamiento de la autoridad y autoritarismo, corrupción. Lo más importante era la existencia de una “mayoría silenciosa” caracterizada por el elevado índice de apoliticismo, “una mayoría ausente que se margina de la política”.⁷⁴ Esos términos y otros como “apatía”, “inercia”, “ignorancia” aparecerán repetidamente en las críticas de los intelectuales durante la Transición.

El “franquismo sociológico” era un concepto ambiguo porque podía hacer referencia tanto a los valores y rasgos sociales heredados del franquismo, como al complejo de estructuras socioeconómicas e intereses defendidos por él, o a la mayoría social formada principalmente por las clases medias surgidas durante la dictadura y que, en consecuencia, tenían una valoración positiva de sus logros aunque no se expresara en forma de adhesión activa. Pero resultaba útil para intentar explicar algunos fenómenos culturales y de costumbres de esos años. Hay uno que recuerda de nuevo lo ocurrido en Italia y Alemania después de 1945, y lo podemos definir como “banalización” del franquismo. Una larga lista

verdadera, o al menos que sus consecuencias se perciban como reales, en *Teoría y estructura sociales*, México, FCE, 1965.

⁷² Clifford Geertz, *Los usos de la diversidad*, Paidós, Barcelona, 1999.

⁷³ Baltasar Porcel, “El 18 de julio”, *El País* (25 de julio de 1978).

⁷⁴ Antonio López Pina y Eduardo Aranguren, *La cultura política en la España de Franco*, Taurus, Madrid, 1976.

de libros de memorias e informaciones personales relacionadas con el entorno de la familia Franco muestran el interés morboso y en parte desacralizador hacia la figura carismática y hasta entonces intocable del denominado “Caudillo”: las siete ediciones de *Nosotros, los Franco*, de Pilar Franco; las tres de *Cuarenta años junto a Franco*, de su médico personal, Vicente Gil, o las nada menos que dieciséis de *Yo, Jimmy: mi vida entre los Franco*, de Joaquín Jiménez Arnau.⁷⁵ Al mismo tiempo daban una imagen edulcorada, amable o caricaturesca de la dictadura, a la que contribuían otros títulos sobre los aspectos cotidianos de aquellos años, pasando de puntillas por los más duros o violentos, como *Genealogía de la familia Franco*, *Agonía y muerte de Franco*, *Los chistes de Franco* o *El sexo del franquismo*. La aparición de *Mis conversaciones privadas con Franco*, escritas por su primo y ayudante de cámara suscitó asimismo gran interés y cierta polémica. Para unos supuso descubrir un dictador prosaico, cruel y frío; para otros, como Ricardo de la Cierva en la recensión del libro para *El País*, no se trataba sino de una “venganza florentina” que no conseguiría empequeñecer “la figura del Caudillo (...) ante la historia”.⁷⁶

Esa mayoría silenciosa definida bajo la categoría de “franquismo sociológico” pareció encontrar en Vizcaíno Casas su mejor intérprete, lo que explica que sus libros llegaran a ser un fenómeno editorial (que, por cierto, recuerda al éxito de ciertos publicistas neofranquistas en la actualidad). En pocos meses su *¡Viva Franco! (con perdón)* (1980), alcanzó las ocho ediciones y en 1980 la película más taquillera del año se basaba en otro libro suyo, *Y al tercer año resucitó*.⁷⁷ Otros intelectuales de la derecha no se quedaban atrás: Ricardo de la Cierva con su *Historia básica de la España actual (1800-1975)*, que superó las doce ediciones en un año (1976), o su *Historia del franquismo* (1975 y 1978), con ocho; José María Pemán y (sus) *Mis Encuentros con Franco* (1976), o Emilio Romero con sus *Cartas al rey* (1974). Unas cifras de ventas a las que pocos títulos relacionados con el antifranquismo pudieron acercarse, caso del *García Lorca, asesinado*, de José Luis Vila San-Juan, con once ediciones en 1977; *La República y la era de Franco*, de Ramón Tamames, con seis en 1977, o *La vida cotidiana durante la Guerra Civil*, de Rafael Abella, en 1976. Estos y otros muchos títulos relacionados con el pasado reciente fueron publicados por la editorial Planeta en su colección “Espejo de España”. Lo reconocía con su habitual gracejo el editor José Manuel Lara: “Franco es el primer vendedor de libros en España”⁷⁸. Algo que parece contradecir esa tendencia al olvido de la que se hacían eco, como hemos

⁷⁵ Junto al interés por los fallidos atentados contra Franco, que sería buen tema para un estudio psicoanalítico: *Los atentados contra Franco* (1976), de Eliseo Bayo; *Objetivo: matar a Franco* (1976), de Armando Romero Cuesta, o *Misión: ejecutar a Franco* (1977), de Íñigo Azpiazu.

⁷⁶ Ricardo de la Cierva, “La venganza del ayuda de cámara”, *El País* (10 de octubre de 1976).

⁷⁷ Paloma Aguilar, “Evocación de la guerra y del franquismo...”, p. 291.

⁷⁸ “Lara: «Franco es el primer vendedor de libros en nuestro país». Mañana se falla el Premio Espejo de España”, *El País* (14 de febrero de 1981).

visto, los intelectuales y la prensa periódica, o que demuestra cómo el olvido y el recuerdo se movían por estratos sociales, culturales o institucionales distintos.

Santos Juliá ha estudiado el reflejo en el mundo editorial del interés por el franquismo y la guerra civil para desmentir las versiones más generalizadoras del llamado “pacto del olvido”. El cual puede servir como metáfora de la renuncia a utilizar el pasado histórico en la confrontación política, e incluso de la ausencia de políticas públicas de la memoria, pero que no es aplicable al mundo de la cultura ni a otras expresiones de la esfera pública de debate.⁷⁹ Las tendencias en el campo historiográfico fueron, en cierta medida inversas a las que podemos encontrar en la Italia republicana. En el caso italiano fueron los estudios sobre la Resistencia los más numerosos desde los primeros años de la posguerra, hasta construir ya en los años sesenta un discurso antifascista hegemónico apoyado desde instituciones públicas, los *Istituti per la Storia Della Resistenza*, que se convirtieron en los principales centros productores de historiografía sobre el periodo.⁸⁰ Mientras que los estudios sobre el régimen fascista, sus estructuras, personal político, cultura y estrategias de consenso aparecieron tardíamente, gracias a los primeros estudios de Renzo De Felice. En España, en cambio, los estudios sobre la oposición antifranquista durante los años de la Transición fueron pocos y polémicos. Como hemos visto, la dirección del PCE criticó el libro de Javier Tusell por marginar a los comunistas de la lucha por la democracia, y si bien acogió positivamente el libro de Sergio Vilar, quien por esas fechas entraba en el partido, un sector representado por Manuel Sacristán y la revista *Nous Horizons* lo atacó duramente por dar una sensación de “normalidad” política de la oposición, con todas las tendencias políticas representadas en las pequeñas “capillas” de unos líderes de orígenes franquistas.⁸¹

Es verdad que ambos libros compartían una visión netamente política de la oposición, pero aparte de ellos no hubo mucho más, si no el pionero estudio de José María Maravall sobre la movilización de los obreros y estudiantes en los últimos años de la dictadura. El resto fue obra en su mayor parte de periodistas o protagonistas ajenos al campo historiográfico profesional, como los de Daniel Sueiro sobre el Valle de los Caídos, Llibert Ferri, Jordi Muixí y Eduardo Sanjuán sobre el movimiento obrero en la posguerra, Joan Llach sobre campos de concentración franquistas o Josep Benet sobre Cataluña. Los de Valentina Fernández Vargas, Fernando Jáuregui y Pedro de Vega aparecieron ya en los ochenta, otros

⁷⁹ Santos Juliá, “Memoria, historia y política de un pasado de guerra y dictadura”, y Paloma Aguilar, “La evocación de la guerra y del franquismo en la política, la cultura y la sociedad españolas”, en Santos Juliá (dir.), *Memoria de la guerra y del franquismo*, Taurus, Madrid, 2006, pp. 27-77 y 279-317, respectivamente.

⁸⁰ Hay una red nacional que engloba todos ellos, la INSMLI: www.italia-liberazione.it/it/rete.php.

⁸¹ Javier Tusell, *La oposición democrática al franquismo, 1939-1962*, Planeta, Barcelona, 1977; Sergio Vilar, *Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura 1939-1969*, París, Editions Sociales, 1969. Giaime Pala, “Sobre el camarada Ricardo. El PSUC y la dimensión de Manuel Sacristán (1969-1970)”, *Mientras Tanto*, 96 (invierno 2005), pp. 47-75.

fueron obra de hispanistas como Paul Preston, Giuliana Di Febo o Hartmut Heine. Hubo que esperar hasta octubre de 1988 para que se celebrara el primer congreso sobre la oposición al régimen de Franco, organizado en la UNED por Javier Tusell.⁸²

Puede tratarse de un dato anecdótico, pero la búsqueda por la voz “antifranquismo” en los fondos de la Biblioteca Nacional de España arroja once resultados, incluidos un libro de Ricardo de la Cierva y el catálogo de una exposición, muy por debajo de los setenta encontrados por la voz “antifascismo”, en gran parte publicados durante los años treinta y la guerra civil. El contraste es evidente no ya sólo con la importancia cuantitativa de los estudios sobre el antifascismo europeo –sólo en Italia se han contabilizado 2.595 obras–,⁸³ sino también con el gran número de memorias, relatos y estudios sobre los años de la Segunda República, la Guerra Civil y el primer Franquismo, e incluso con los dedicados ya desde muy pronto al régimen franquista, su naturaleza, su cultura y su ideología.⁸⁴

Vidal-Beneyto señaló en más de una ocasión la diferencia de la izquierda intelectual española respecto a otras resistencias europeas al fascismo por su posición evasiva a su propia “historificación”, aunque ésta incluyese también “las pertinentes autocríticas”. Los datos parecen darle razón, esté o no la causa en la peculiar forma de llevar a cabo la transición y su consiguiente “consensualización neutralizadora del pasado”.⁸⁵ En realidad son estas aparentes paradojas las que esconden las claves para comprender un proceso sin duda complejo: en un curioso efecto de proyección colectiva se criticó hasta la saciedad el uso y abuso del antifranquismo, del “yo también corrí delante de los grises” para ganar

⁸² José María Maravall, *Dictadura y disentimiento político: obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Alfaguara, Madrid, 1978; Daniel Sueiro, *La verdadera historia del Valle de los Caídos*, Sedmay, Madrid, 1976; Llibert Ferri, Jordi Muixí y Eduardo Sanjuán, *Las huelgas contra Franco (1939-1956): aproximación a una historia del movimiento obrero español de posguerra*, Barcelona, Planeta, 1978; Joan Llach, *Los campos de concentración en la España de Franco*, Barcelona, Producciones Editoriales, 1978; Josep Benet, *Catalunya sota el règim franquista*, Blume, Barcelona, 1978; Valentina Fernández Vargas, *La resistencia interior en la España de Franco*, Istmo, Madrid, 1981; Fernando Jáuregui y Pedro de Vega, *Crónica del antifranquismo*, Argos Vergara, Barcelona, 1984; Paul Preston, *España en crisis: evolución y decadencia del régimen de Franco*, FCE, México, 1978; Giuliana Di Febo, *Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1976*, Icaria, Barcelona, 1979; Hartmut Heine, *La oposición política al franquismo*, Crítica, Barcelona, 1983; Javier Tusell, Alicia Alted y Abdón Mateos (eds.), *La oposición al régimen de Franco*, UNED, Madrid, 1990.

⁸³ Alberto De Bernardi, *Discorso sull'antifascismo*, Bruno Mondadori, Milán, 2007, p. 201

⁸⁴ Entre otros, los de Amando de Miguel, Antonio López Pina, Ramón Tamames, Rafael López Pintor, Javier García Fernández, José-Carlos Mainer, Rafael Abella, Alexandre Cirici, Román Gubern, Antonio Bonet Correa, Doménech Font, Castilla del Pino, Carlos Moya, Manuel Ramírez, Ricardo Chueca, Miguel Jerez Mir, Carles Viver Pi-Sunyer, Miguel Ángel Garrido, Encarna Nicolás, Javier Terrón, Ricardo Montoro o Miguel Ángel Aparicio.

⁸⁵ Citado en Raúl Morodo, *La Transición española*, Madrid, Tecnos, 1984, pp. 74-75.

réditos políticos, cuando hoy tan difícil resulta, en cambio, encontrar en las fuentes escritas rastros de ese discurso antifranquista pretendidamente hegemónico.

Los intelectuales sin memoria y la memoria de los intelectuales hoy

Quizás es verdad que hoy estamos saturados de memoria porque el futuro ya no es lo que era, y puede ser verdad también que en la Transición los intelectuales estuvieran mucho más ocupados en construir la democracia que en rebuscar entre sus recuerdos. Pero no cabe duda de que esos recuerdos cumplieron una función, como han sostenido casi todos los estudiosos del periodo, y estuvieron presentes en el debate público mucho más de lo que hoy, valga la paradoja, recordamos o queremos recordar. Porque ya entonces –escribió Manuel Vázquez Montalbán– muchos “hicieron de la reivindicación de la memoria un instrumento de combate” frente a “la estrategia de la araña que quería retener en la tela de la memoria prohibida todas las falsificaciones de vida e historia perpetradas por el franquismo”.⁸⁶ Sin entrar en detalles, lo que hoy se dirime en España es el alcance o incluso la propia existencia de unas políticas de la memoria, impulsadas por el Estado y sus instituciones. ¿Qué tenemos que recordar? La polémica que ha acompañado la asignatura de Educación a la Ciudadanía es expresiva de la falta de consenso social alrededor de este tema.

La memoria de la “larga generación” de los intelectuales falangistas-católicos –o católicos-falangistas– que se alejaron de la dictadura y se autodefinieron como “falangistas liberales” ha terminado por convertirse en memoria dominante de la cultura antifranquista, aunque no sin polémica. El debate historiográfico sobre esos intelectuales procedentes del franquismo y su función de “puente” entre el liberalismo anterior a la guerra y las nuevas generaciones universitarias es seguramente el de más calado entre los que se han suscitado sobre la cultura antifranquista. El éxito de *Historia de las dos Españas*, de Santos Juliá, y *La resistencia silenciosa*, de Jordi Gracia, galardonados respectivamente con el Premio Nacional de Historia y el Anagrama de Ensayo, renovó un debate que venía de lejos sobre la cultura en el franquismo, sus “eriales”, “páramos” y “vegetaciones”. En esta polémica se han sucedido otros episodios significativos, como las críticas de Alfonso Sastre a la “escuela de Madrid” de Julián Marías y los orteguianos, las de Francisco Umbral a los “laínes” en *La leyenda del César visionario*, de Julio Rodríguez Puértolas en su *Literatura fascista española* o de Gregorio Morán en *El maestro en el erial*.⁸⁷

⁸⁶ Manuel Vázquez-Montalbán, “Sobre la memoria de la oposición antifranquista”, *El País* (26 de octubre de 1988).

⁸⁷ Julián Marías, “La Vegetación del Páramo”, *La Vanguardia Española*, 19/11/1976; id., “¿Por qué mienten?”, *ABC*, 16/01/1997. Francisco Umbral, *Leyenda del César Visionario*, Barcelona, Seix Barral, 1991; Julio Rodríguez Puértolas, *Literatura fascista española*, Akal, Madrid, 1986; Gregorio Morán, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona,

Pero lo que nos importa aquí son lo que Antonio García Santesmases ha llamado con acierto “las raíces morales e intelectuales de la oposición política al franquismo”,⁸⁸ porque de eso se trata. De ahí la intensidad que ha llegado a cobrar en ocasiones ésta que, al menos por una vez, podemos considerar una verdadera polémica intelectual, que ha desbordado el mero ámbito historiográfico y donde los historiadores escriben en muchos casos de y desde una historia vivida, como intelectuales con pasado y sujetos de un tiempo presente. Un antifranquismo interior nacido del fracaso del proyecto totalitario patrocinado por los falangistas-católicos y en ruptura con él, se opondría a un antifranquismo interior surgido gracias a la pervivencia silenciosa del liberalismo, a la continuidad de un presunto proyecto liberalizador, pese a su derrota frente al reaccionarismo franquista, o gracias al menos a una actitud liberal o “comprensiva” de esos intelectuales que evolucionaron desde sus posiciones políticas iniciales. Y que evolucionando sirvieron de puente para una generación de universitarios, que les reconoció como verdaderos “maestros”, modelos éticos o intelectuales honestos que lograron abrir espacios de debate, socialización y educación democrática, como la revista *Cuadernos para el Diálogo*.⁸⁹

En realidad el debate historiográfico no ha puesto en duda la aportación de esos intelectuales a la democracia: con un carácter más político en Ridruejo, más jurídico en Ruiz-Giménez, más académico en Laín Entralgo, más filosófico-moral en Aranguren, todos ellos han sido referentes en la construcción de una cultura antifranquista.⁹⁰ En el caso de Aranguren incluso enlazando con las generaciones más jóvenes, las de la “contracultura” para entendernos, hasta llegar a ser considerado el intelectual por excelencia de la Transición. Se ha disentido, sin embargo, en la cronología y las razones de esa evolución, y en una cuestión ética de fondo: la intensidad y cronología de la identificación de esos intelectuales con el fascismo primero y luego con el franquismo. Así, para García

Tusquets, 1998. Contra el retrato de Laín realizado por Umbral, ver Pedro Laín Martínez, “Difamación de Laín Entralgo y Ridruejo”, *El Mundo* (19 de febrero de 1991). Una crítica, a propósito del libro de Morán, sobre la aportación del liberalismo a la democracia, en José Ignacio Lacasta Zabalza, “Ortega y Gasset y la memoria antifranquista”, *Sistema*, 147 (1998), pp. 61-78.

⁸⁸ Antonio García Santesmases, “¿Eran de barro nuestros maestros? (Sobre las raíces morales e intelectuales de la oposición política al franquismo)”, *Isegoría*, 31 (2004), pp. 255-265.

⁸⁹ Elías Díaz, *Los viejos maestros: la reconstrucción de la razón*, Alianza, Madrid, 1994. Ver Javier Muñoz Soro, “Intelectuales y franquismo: un debate abierto”, *Historia del Presente*, 5 (2005), pp. 13-22, así como las intervenciones de Santos Juliá, Jordi Gracia, Elías Díaz y Sevillano Calero en el mismo número.

⁹⁰ Testimonios sobre el magisterio de liberales como José Antonio Maravall o José Luis Corral sobre los jóvenes militantes antifranquistas se pueden encontrar en sus obituarios: así, Jaime Pastor, “Un liberal respetado”, *El Mundo* (8 de abril de 1998) o José Álvarez Junco, “Prestancia”, *El País* (14 de abril de 1998). Tampoco sin polémica, como José María Marco, “Maestro de liberales”, *El Mundo* (8 de abril de 1998), cuando se pregunta retóricamente “¿Cuántos homenajes se dedicaron al estalinista Tuñón de Lara y cuántos se van a dedicar a Díez del Corral?”.

Santesmases, es “terrible e injusto” esa equiparación de todos los que colaboraron con el régimen, “se les acaba estigmatizando como nazis arrepentidos”, lo que ha provocado que “muchas de estas figuras quedaran sepultadas en el olvido”.⁹¹

Otros destacados intelectuales socialistas como Elías Díaz o Gregorio Peces-Barba se han lamentado reiteradamente de que la democracia no hacía justicia a la memoria de sus maestros. Tampoco los españoles, así en general, “apoyaron ni le agradecieron suficiente” a Joaquín Ruiz-Giménez “lo que había hecho para educar a las multitudes como apóstol de la libertad”.⁹² No deja de ser significativo de las malas pasadas que juega el pasado, parafraseando a Manuel Cruz,⁹³ y de las dificultades de elaborar una política de la memoria del antifranquismo, si consideramos que Ridruejo fue a gran distancia la figura más celebrada desde las páginas de *El País* en los años de la Transición, y es más que probable que ellos y muchos otros autorreconocidos discípulos de Ruiz-Giménez no votaran en 1977 la candidatura democristiana de quien, por cierto, fue elegido por amplio consenso parlamentario como primer Defensor del Pueblo.⁹⁴ Ese presunto déficit de reconocimiento por las instituciones democráticas sería debido, según García Santesmases, al recambio generacional de casi todos los partidos políticos de izquierda en la Transición, pero también a que “la derecha más reaccionaria los sigue viendo como traidores” y “la izquierda más joven los ve perdidos en la bruma de los años cuarenta y cincuenta (en los tiempos del erial)”.⁹⁵

⁹¹ Antonio García Santesmases, “La actualidad política del pensamiento de Laín Entralgo”, *Sistema*, 210 (mayo 2009), pp. 99-112.

⁹² Así en los obituarios con motivo del fallecimiento de Ruiz-Giménez: Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona, “Inventor del diálogo, precursor del consenso”, *El País* (28 de agosto de 2009); Gregorio Peces-Barba, “Un soñador para un pueblo”, *El País* (28 de agosto de 2009). Peces-Barba ya reclamaba en 1981 “un gran homenaje nacional de gratitud a Joaquín Ruiz-Giménez”, *El País* (4 de septiembre de 1981).

Bonifacio De La Cuadra, “Fallece Ruiz-Giménez, el líder democristiano excluido de la Transición”, *El País* (28 de agosto de 2009).

⁹³ Manuel Cruz, *Las malas pasadas del pasado. Identidad, responsabilidad, historia*, Anagrama, Barcelona, 2005.

⁹⁴ José Luis López Aranguren, Pedro Laín Entralgo, José Antonio Maravall, Ramón Serrano Súñer, “Dionisio, de todos”, *El País* (4 de julio de 1976); Editorial, “El legado de Dionisio Ridruejo”, *El País* (29 de junio de 1977); Ricardo Gullón, “En recuerdo de Dionisio Ridruejo”, *El País* (22 de junio de 1977); Pedro Laín Entralgo, “El recuerdo de Dionisio Ridruejo”, e Ignacio Sotelo, “Dionisio Ridruejo y la salida del franquismo”, *El País* (9 de julio de 1978); Editorial, “Dionisio Ridruejo: ética y política”, *El País* (29 de junio de 1979); Editorial, “Dionisio Ridruejo”, *El País* (29 de junio de 1980); Editorial, “Muera la inteligencia”, *El País* (5 de junio de 1981). Sobre la censura a posteriori de Ridruejo sobre sus primeros escritos, ver Francisco Morente, *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Síntesis, Madrid, 2006.

⁹⁵ Antonio García Santesmases, “La actualidad política del pensamiento de Laín Entralgo”.

Es cierto que la izquierda relacionada con el movimiento de la Memoria Histórica ha criticado ese predominio de la memoria de los “falangistas liberales”. Así, al escritor Benjamín Prado le parece “una vergüenza” que se hable “como un campeón de la democracia de Dionisio Ridruejo” cuando existen Lorca, Miguel Hernández o Machado y miles de fusilados en las cunetas. Y se pregunta: “¿Por qué produce tanta irritación meterse en este país con alguien como Ridruejo?”.⁹⁶ Incluso el interés por la figura de Ridruejo ha sido criticado como “revisiónismo centrado” –se supone para diferenciarlo de otro “revisiónismo” peor, el de derecha– que, aparte de una por lo visto condenable “fascinación” por semejantes personajes, se empeña en “encontrar liberales en el bando vencedor (...) con el fin de colocarlos en la columna vertebral del movimiento democrático”, al mismo tiempo que omiten el impacto que tuvo la izquierda vinculada al movimiento obrero y a las clases subalternas...⁹⁷ No se trata de opiniones aisladas, sino de un discurso socialmente representativo. Desde una generación anterior y un deseo de “convertir en historia nuestro pasado”, por tanto muy alejado de los objetivos del movimiento de la Memoria Histórica, Antonio López Pina responde a los “añoradores del *Láin bueno*” que “sin las luchas del movimiento obrero, desde los primeros años sesenta, todas las filigranas de salón, desde 1962, de miembros de la burguesía ilustrada, Láin incluido, no se habrían bastado para el desmantelamiento del régimen”. Además, Láin no habría pasado por ese expediente purificador que fue el encarcelamiento, como en el caso de Ridruejo, ni la expulsión de la cátedra, caso de Aranguren.⁹⁸

En cuanto a las derechas, la valoración negativa de un antifranquismo identificado con sus utopías revolucionarias y totalitarias, y de su herencia en la democracia, asociada explícita o implícitamente con la violencia terrorista, es habitual en algunos colaboradores habituales de medios como *Libertad Digital*, *La Razón* o *El Mundo*. No de manera aislada, sino construyendo un discurso de evidente intencionalidad política, como se ha visto recientemente a propósito del caso Garzón.⁹⁹ Ciñéndonos al tema, han sido precisamente algunos de esos intelectuales de la derecha procedentes de la extrema izquierda quienes han denunciado con más énfasis la ocultación que los ex falangistas hicieron de su propio

⁹⁶ Benjamín Prado, *Mala gente que camina*, Santillana, Madrid, 2006, p. 124; Foro Complutense. “Escritores en la Biblioteca: Benjamín Prado” (8 de febrero de 2007: www.ucm.es/info/fgu).

⁹⁷ Jordi Font Agulló, “Entre el souvenir memorial y la construcción de una historia crítica de la memoria”, *Mientras Tanto*, 97 (invierno 2005), p. 80. Jordi Font, en la actualidad director del Museu Memorial de l’Exili, se refiere a Jordi Gracia y Javier Cercás.

⁹⁸ Antonio López Pina, “La interpretación y el procesamiento de la historia de España”, *Sistema*, 214 (enero 2010), pp. 29-50. López Pina ha coordinado una reciente obra colectiva sobre la “generación del 56”.

⁹⁹ Entre otros, Pío Moa, “Un autorretrato del antifranquismo”, *Libertad Digital* (18 de octubre de 2002); “¿Por qué duró tanto el franquismo?”, *Libertad Digital* (28 de octubre de 2005); “La enfermedad del antifranquismo retrospectivo”, *Libertad Digital* (4 de noviembre de 2005).

pasado, y que habría perpetuado el discurso institucional de la democracia, aunque para ello utilicen, como hace César Alonso de los Ríos en *Yo tenía un camarada*, los mismos medios a que recurriera ya el franquismo en los años sesenta para tratar de deslegitimar la posición de esos “nuevos liberales”.¹⁰⁰ El acercamiento de la mayor parte de esos intelectuales al PSOE, al menos en su intención de voto en 1982, puede dar alguna clave para comprender la construcción de esa “antimemoria del antifranquismo” o ese “anti-antifranquismo” por parte de algunos medios. En palabras de Pío Moa, “los Laín Entralgo, López Aranguren, Tovar y Haro Tecglen publicaban en *El País*. Cuando murieron se les despidió con coronas de elogios, procurando –ya entonces funcionaba la memoria histórica– olvidar su pasado, como hacía ya ejemplarmente ese maestro de la corrupción intelectual, vulgo la trola, que es Juan Luis Cebrián”. Para Agapito Mestre, “en estos tiempos en que es tan fácil ser antifranquista, hay una funesta manía de presentar a Ridruejo por encima de su etapa falangista y franquista”.¹⁰¹

Como sabemos, el pasado oculto de los intelectuales forma parte de la historia cultural europea. Lo ha demostrado recientemente el caso de Gunter Grass, cuya versión española sería la dura polémica que se desarrolló principalmente en las páginas de *El País* durante el verano de 1999 entre el escritor Javier Marías, la familia Aranguren, el filósofo Javier Muguerza y Elías Díaz, entre otros, a propósito del colaboracionismo de Aranguren con el régimen franquista y su presunta actividad como delator.¹⁰² El “Premio Nobel” Camilo José Cela también estuvo rodeado de polémica por sus actividades como censor e informador, llevadas adelante durante casi dos décadas, como demuestran los documentos de la Oficina de Enlace creada por el ministro Fraga Iribarne.¹⁰³

Junto al mito del “falangismo liberal”, la idea de una “tercera España” ha sido también operativa para la interpretación de un antifranquismo germinal o críptico que habría alimentado el antifranquismo político, e incluso le habría dado legitimidad frente a las tendencias totalitarias o revolucionarias de comunistas, anarquistas o, ya en los sesenta, de la “nueva izquierda” trotskista y maoísta. Así, Ruiz-Giménez, que “a punto de ser «paseado» en noviembre de 1936 y que colaboró lealmente con Franco, quiso ser un puente entre las dos Españas, ésas que helaban el corazón de los españolitos”. Es verdad que “tuvo

¹⁰⁰ César Alonso de los Ríos, *Yo tenía un camarada. El pasado franquista de los maestros de la izquierda*, Altera, Madrid, 2007.

¹⁰¹ Pío Moa, “Antifranquistas ¿Quién no es mejor que su propia biografía?”, *Libertad Digital* (3 de enero de 2010); Agapito Mestre, recensión a *Casi unas memorias*, edición de Jordi Amat, *Libertad Digital* (6 de septiembre de 2007).

¹⁰² “Aranguren delator franquista” (www.filosofia.org/bol/not/bn006.htm).

¹⁰³ Sus actividades como censor y delator en los años cuarenta eran bien conocidas, pero creó cierta polémica la revelación de un documento que demostraba sus actividades como informador sobre sus colegas escritores, publicado en Pere Ysàs, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Crítica, Barcelona, 2004, pp. 52-53.

la ingenuidad de confiar en la evolución hacia la democracia del régimen dictatorial franquista (...) Pero cuando comprobó que no era así, no se conformó, actuó críticamente y predicó el respeto a los derechos humanos y la necesidad de la transformación del sistema”.¹⁰⁴ En una reciente exposición sobre Gregorio Marañón se destacan “sus reiterados testimonios en favor de la reincorporación de los exiliados a la vida española, la amistosa cercanía que mantuvo con muchos de ellos; sus ayudas a todos los perseguidos que acudieron él; su intervención en el homenaje que la universidad tributó a Ortega y Gasset tras su fallecimiento; y sus declaraciones críticas hacia la dictadura en la prensa extranjera, conformaron una conducta liberal excepcional en aquellos tiempos”.¹⁰⁵ Silenciando por supuesto sus declaraciones favorables a Franco en esa misma prensa extranjera. Tales polémicas no han impedido que desde las instituciones se haya llevado a cabo una política de la memoria de “baja intensidad”, como la ha definido Abdón Mateos¹⁰⁶, dirigida a incluir a los intelectuales liberales en el magma de una cultura antifranquista. En 1983, con motivo de una exposición sobre Ortega y Gasset, *El País* afirmaba:

“Que don Juan Carlos –nieto del monarca a cuyo destronamiento Ortega contribuyó tras la dictadura de Primo de Rivera– inaugure la exposición *Ortega y su tiempo* y que Felipe González –presidente de un Gobierno socialista y secretario general del PSOE fundado por Pablo Iglesias– esté presente en la apertura del Centro Ortega y Gasset confieren, por eso mismo, un doble valor simbólico a este centenario: mientras la figura y la obra de Ortega pertenecen ya a todos los españoles, la España de los años ochenta se sustenta en buena medida sobre los valores bosquejados y defendidos por el hoy homenajeado a lo largo de su existencia”.¹⁰⁷

Si tomamos como muestra las actividades de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, se constata otra vez el absoluto predominio de la memoria cultural del exilio frente al interior y, dentro de éste, el de los intelectuales liberales y ex falangistas sobre los intelectuales antifranquistas más o menos relacionados con el socialismo o el comunismo.¹⁰⁸ Se echan en falta nombres como los de Tierno Galván o Manuel Giménez

¹⁰⁴ Bonifacio De La Cuadra, “Fallece Ruiz-Giménez, el líder democristiano excluido de la Transición”, *El País*, 28/08/2009.

¹⁰⁵ *Marañón, 1887-1960. Médico, humanista y liberal*, organizada por la Biblioteca Nacional de España, la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y la Fundación Gregorio Marañón, y comisariada por Juan Pablo Fusi.

¹⁰⁶ Abdón Mateos, “El uso público del exilio en la España democrática, 1977-2004”, *Historia Social* (en prensa).

¹⁰⁷ Editorial, *El País* (9 de mayo de 1983).

¹⁰⁸ Cernuda, Alberti, Max Aub, María Teresa León, María Zambrano, Neruda, Juan Valera, Manuel Altolaguirre, Severo Ochoa, la Generación del 27, la Edad de Plata, Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí, La Barraca, las Misiones Pedagógicas, Negrín, Jesús Bal y Gay, Vicente Llorens, Josep Renau, Azaña, Francisco Ayala, Lorca, Miguel Hernández, Miguel Prieto Anguita, Machado, José

Fernández, Miguel Sánchez Mazas o Manuel Sacristán, Manuel Vázquez Montalbán o José María Valverde, Luis Martín Santos o Carmen Martín Gaité, los escritores de la “generación del medio siglo” o de la despectivamente llamada “generación de la berza”, de revistas como *Ruedo Ibérico* o *Triunfo*, aunque algunos han sido ya objeto de exposiciones, monografías o congresos.

También es cierto que la recuperación de la memoria histórica es muy reciente en la propia izquierda, con excepciones como la de José Vidal-Beneyto¹⁰⁹. En la revista *Mientras Tanto*, fundada por Sacristán, aparte de algunos números dedicados a su memoria, no aparece la memoria de la guerra y del franquismo entre su gran variedad de temas hasta el año 2005. Otro órgano de pensamiento de la izquierda socialista como *Sistema*, aunque más atento al pasado, con artículos sobre el exilio o sobre Tierno Galván, tampoco afrontó el tema de manera más o menos sistemática hasta la década de los noventa. Sí ocupó mayor espacio precisamente en la prensa menos “orgánica”, es decir, no directamente vinculada a un partido o proyecto político, caso de las dos grandes *news political magazines* de izquierda durante la Transición, *Cuadernos para el Diálogo* y *Triunfo*.¹¹⁰

Victimas del fascismo como Antonio Gramsci o Giacomo Matteotti fueron iconos indiscutidos y indiscutibles en la Italia republicana, pero eso no tiene parangón con la izquierda española: ni Santiago Carrillo ni Rodolfo Llopis podían serlo.¹¹¹ Tampoco Julián Grimau o Puig Antich. No hay fechas ni conmemoraciones del antifranquismo –como podría ser la declaración final del coloquio europeísta de Munich– y la única fiesta civil, el 6 de diciembre de 1978, pertenece ya al recuerdo del consenso en la transición a la democracia. La memoria del antifranquismo ha quedado ligada en gran medida a las reivindicaciones nacionalistas, y no resulta fácil imaginar qué museo podría hacerse fuera de Cataluña como el *Memorial Democràtic*, o qué institución oficial guardaría la memoria

Moreno Villa, Buñuel, Maruja Mallo, Renal o el exilio. Junto a ellos, se han dedicado exposiciones u otras actividades a Marañón, Pío Baroja, Ortega y Gasset, Dalí, Miguel Mihura, Dionisio Ridruejo, Luis Rosales, Laín Entralgo, Julio Caro Baroja, Jaume Vicens Vives, Torrente Ballester, Álvaro Cunqueiro, Alejandro de la Sota, Manuel de Terán, Rafael Lapesa o José Manuel Caballero Bonald, así como a la Transición y a Mayo del 68. *Memorias SECC* de 2002 a 2008.

¹⁰⁹ Así, en su obra José Vidal-Beneyto, *Diario de una ocasión perdida: materiales para un principio*, Barcelona, Kairós, 1981. En 1995 fundó la asociación Memoria Democrática junto a Jaime Gil-Robles, Jaime Pastor, Jaime García de Vinuesa y Paca Sauquillo.

¹¹⁰ Por ejemplo, Eduardo Haro Tecqlen, “20 noviembre: el franquismo que no cesa”, y Juan Moreno, “En el valle del nacional-catolicismo”, *Triunfo*, 721 (20 de noviembre de 1976), pp. 29-41, o Alfonso González-Calero, “Ruedo Ibérico. La contrahistoria del franquismo”, *Triunfo*, 792 (1 de abril de 1978), pp. 26-28. Ver Marie-Claude Chaput, “Histoire et mémoire dans *Triunfo* (1975-1982)”, en Marie-Claude Chaput y Jacques Maurice (eds.), *Espagne XXe siècle. Histoire et mémoire, Regards/4*, Centre de Recherches Ibériques et Ibéro-américaines, Paris X-Nanterre, 2001, pp. 49-73.

¹¹¹ Abdón Mateos, “El uso público del exilio en la España democrática” (en prensa).

del antifranquismo católico como la abadía de Montserrat. Sólo el *Guernica* de Picasso ha podido erigirse en gran metáfora de la reparación del antifranquismo y el símbolo de reconciliación”.¹¹²

Los temas relacionados con el antifranquismo también se han abordado tardíamente en la tercera dimensión de los usos públicos de la historia, junto a los debates intelectuales y las políticas institucionales, es decir, los relacionados con los medios de comunicación de masas, en particular la televisión.¹¹³ Quizás no sea una casualidad que varios programas realizados en los años setenta y ochenta sobre intelectuales antifranquistas nunca llegaran a emitirse, si consideramos cómo un director de RTVE, Carlos Robles Piquer, intentaba evitar los que llamaba “minas” porque podían provocar conflictos indeseados, por ejemplo uno de Ladislao Azcona sobre el día en que murió Franco o un debate de *La Clave* de José Luis Balbín sobre José Antonio Primo de Rivera.¹¹⁴ En los últimos años, sin embargo, han podido verse un número creciente de documentales, reportajes e informativos relacionados con la represión y la lucha contra la dictadura. Eso sí, siempre suscitando polémicas que muestran, por un lado, la demanda social en este tema y, por otro, las dificultades no ya de construir una improbable memoria compartida, sino siquiera de activar políticas públicas para la legitimación de la democracia en el pasado histórico.¹¹⁵

¹¹² Francisco Calvo Serraller y Javier Tusell, *El País* (11 de septiembre de 1981). Sobre la operación de regreso del cuadro, ver Giulia Quaggio, “Il Guernica conteso. Percezione, circolazione e ritorno di un dipinto che anche Franco avrebbe voluto”, *Spagna Contemporanea*, 36 (2009), pp. 143-168.

¹¹³ Francesc-Andreu Martínez Gallego, “Memoria social e ‘historiografía mediática’ de la Transición” (<http://umbral.uprrp.edu/materiales/conferencias-122>).

¹¹⁴ “Reconstrucción documental del día en que murió Franco. *El 20-N: el día más largo*, a las once de esta noche en la primera cadena”, *El País* (19 de noviembre de 1981).

¹¹⁵ No se emitieron finalmente ni el programa dirigido por Francisco Rioboo, *¿Quién es...?*, sobre el escritor Juan Goytisolo, producido en 1977 (Documental, 185), ni las entrevistas de Fernando Méndez Leite para el programa *La noche del cine español* al escritor Daniel Sueiro (Documental 207, producido en 1984), al historiador Pedro Vega y al periodista Fernando Jauregui, autores del libro *Crónica del antifranquismo* (Documental, 233, producido en 1985), así como a Ernesto Giménez Caballero (Documental, 232, producido en 1983), al escritor Gonzalo Torrente Ballester (Documental, 216, producido en 1984) o al periodista Emilio Romero (Documental, 225, producido en 1984). Sí se han emitido recientemente, entre otros, la entrevista de Javier Rioyo al poeta y escritor Antonio Ferrer en *Estravagario* (Documental, 221, 2005); en la sección del telediario *¿Te acuerdas?* una información sobre el Tribunal de Orden Público (29/11/2009); los documentales *Las fosas del olvido* (22/07/2006) o *Bucarest, la memoria perdida*, de Albert Solé (32/04/2009) en el programa *Documentos TV*, o *Los años amargos* (20/09/2009) y *El mausoleo del franquismo* (1/10/2009), en *Informe Semanal*. Archivo RTVE. La emisión del programa “Qué fue del franquismo” en *El Debate* de *La Primera*, el día 18 de noviembre de 1997 motivó varias interpelaciones –y una notable bronca– ante la Comisión de Control Parlamentario de RTVE (*Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, 11 de diciembre de 1997).

Conclusión

La recuperación simbólica del antifranquismo en España ha tomado auge en los últimos años, sobre todo después del bienio 1993-1996 con la pérdida de mayoría absoluta del PSOE y la victoria del PP. Entonces empezó a ponerse en cuestión la presunta leyenda de una transición modélica, bajo el signo de la reconciliación y el consenso, interpretada a la vez como culminación de un proceso de cambio de la sociedad y como vuelta a su ser de un país “normal”, no diferente a sus socios en la Comunidad Europea. España ha dejado de ser aquel país que cifraba parte de su éxito precisamente en el olvido de su pasado y la consiguiente superación de la dialéctica antifranquista, lo que para algunos observadores italianos había lastrado durante años su propia democracia.¹¹⁶

Como hemos visto, el discurso hegemónico u “oficial” sobre el pasado durante la Transición, que habría que documentar en actos y publicaciones institucionales, no dejó de ser cuestionado por muchos intelectuales, cuyas reflexiones señalaron ya muchos de los temas que han seguido o reaparecido en el presente. Algunos temas recuerdan los planteados treinta años antes en la Italia posfascista, pese a las evidentes diferencias históricas, o los que se plantearon pocos años después en la tercera oleada de democratización del Cono Sur americano. No cabe duda de que fueron reflexiones contradictorias. Hubo opiniones diferentes, cuando no enfrentadas, sobre qué hacer con el recuerdo de la dictadura en la nueva democracia, si bien la reconciliación y la amnistía concitaron un acuerdo casi unánime, para empezar porque respondía a exigencias éticas que venían de lejos. Hubo conceptos aporéticos, paradojas y algún oxímoron imposible que reflejaban esas tensiones entre la necesidad de olvidar para avanzar y la de recordar para aprender, la de dar sentido a un pasado y construir una identidad en las nuevas circunstancias. Pero planeó sobre las reflexiones también un cierto relativismo intelectual y moral a la hora de valorar la experiencia totalitaria franquista, quizás porque esos jóvenes habían crecido bajo una dictadura más selectiva en la represión, habían aprendido a sobrevivir en ella con buenas dosis de pragmatismo y el viejo pasado de sus admirados maestros quedaba ya demasiado lejos.

El exilio ha suplantado la memoria del pasado antifranquista y su cultura, médula resistencial contra el franquismo, ha sido despojada de los elementos más políticos y conflictivos para otorgarle una unidad en parte ficticia, la de una especie de patrimonio nacional sobre el cual se ha edificado la democracia. El recuerdo de la cultura antifranquista ha sido sobre todo el recuerdo de los intelectuales que evolucionaron desde el franquismo, o de los liberales que volvieron a su ser, puente con las nuevas generaciones que protagonizaron la democracia. Para éstas la memoria a celebrar es la memoria de la

¹¹⁶ Javier Muñoz Soro, “El 98 italiano”, *Claves de la Razón Práctica*, 108 (diciembre 2000), pp. 72-77.

Transición, porque une en lugar de dividir, mientras el antifranquismo ha quedado como un valor positivo pero vacío de contenido, con unas víctimas, merecedoras de dignidad y reparación, y una ambigua sospecha que ensombrece su herencia.